

CIRCULAR

del

Colegio Oficial de Veterinarios de la Provincia de Barcelona

Avenida de la República Argentina, 25

Teléfono 37 08 15

***Número especialmente dedicado a
honrar la memoria de don Ramón
Turró, en el primer centenario de
su nacimiento***

Año XII - N.º 128

Febrero 1955

Laboratorios OVEJERO, S. A.

Delegación Barcelona:

Diputación, 365, 6.º, 1.ª - Teléfono 26 90 74

BIOESTROL VITAMINADO. Falta de celo por hipofunción ovárica, infantilismo, genitalmetritis, etc.

OFTALDIONINA (Gotas) (Colirio Dionina, 5 %).
Indicado en enturbamientos y leucomas recientes de la córnea, úlceras tórpidas, queratoconjuntivitis, conjuntivitis crónicas, agudas, de origen infeccioso, etc., etc.

SULFAQUINOXALINA. Como preventivo y curativo de las coccidiosis cecales e intestinales de las aves, cólera aviar y diarrea blanca de los polluelos.

CICATRIZANTE OVEJERO (Pomada y líquido).
Antiséptico y cicatrizante Heridas tórpidas y profundas.

CORRECTOR OVEJERO Antibiótico vitaminado.
(Suplemento dietético).

MASTOMICIN Mastitis bovina.

BALSÁMICO VITAMINADO Antiséptico, tónico sedante.

VACUNA PESTE CRISTAL VIOLETA Immuniza eficazmente contra la peste porcina.

BIOSAZINA Coccidiosis, pullorosis, polineuritis, raquitismo, pica, osteodistrofias, etc., etc.

Colegio Oficial de Veterinarios de la Provincia de Barcelona

Avenida de la República Argentina, 25 - Teléfono 37 08 15

Año XII - N.º 128

C I R C U L A R

Febrero 1955

HOMENAJE

organizado por el Colegio Oficial de Veterinarios de la
provincia de Barcelona

a la memoria de

Don Ramón Turró Darder

en conmemoración del primer centenario
de su nacimiento

(1854-1954)

El Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Barcelona ha tenido el honor de organizar este homenaje a la memoria inmarcesible y gloriosa de

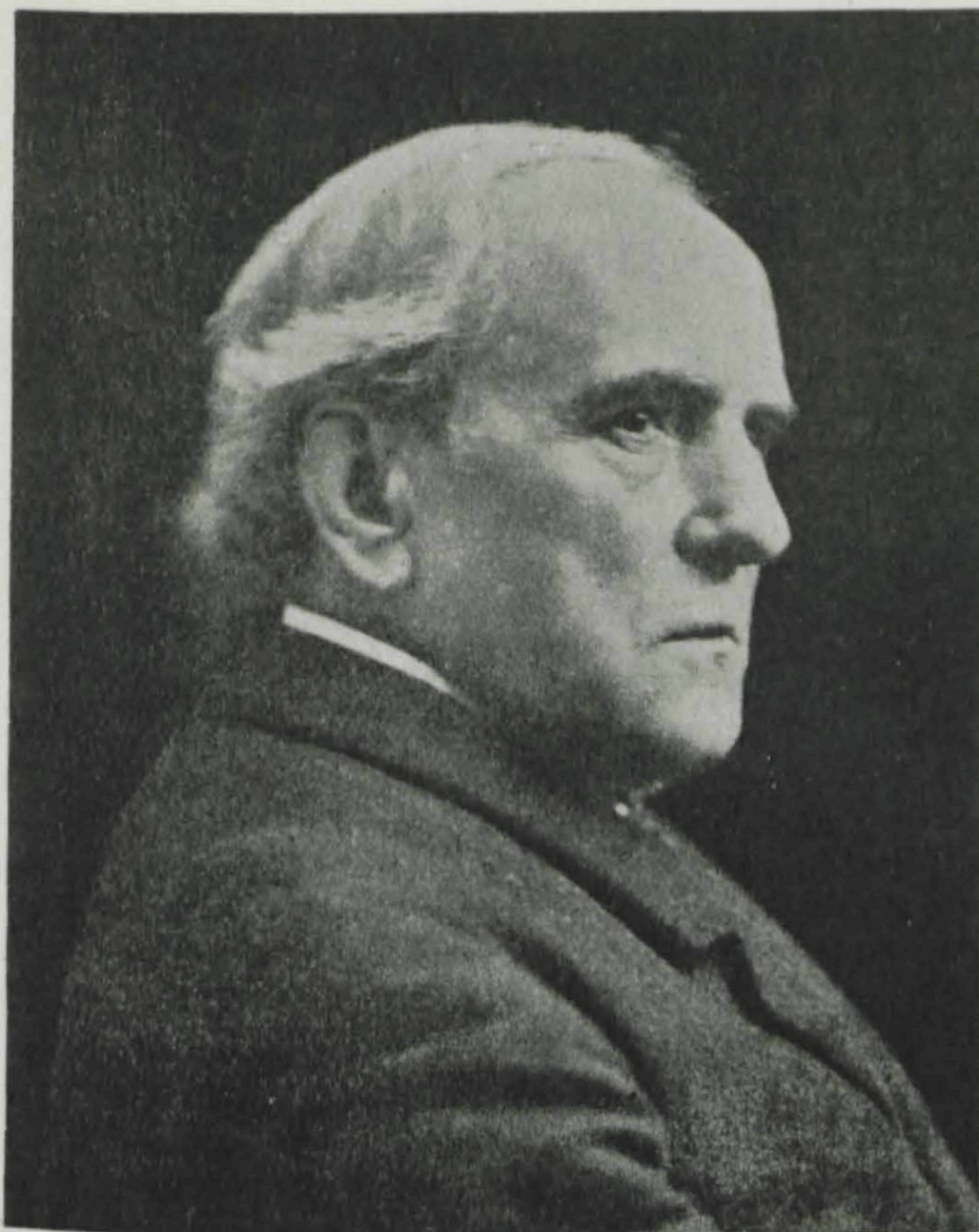
DON RAMÓN TURRÓ DARDER

al que aportaron su valiosa colaboración la **Real Academia de Medicina**, el **Laboratorio Municipal** de nuestra ciudad y prestigiosas personalidades médicas y veterinarias.

A cuantos contribuyeron directa o indirectamente a dar realce a los actos celebrados, y a quienes, con tal motivo, tuvieron un recuerdo o dedicaron una oración al insigne maestro, a todos ellos, en nombre del Colegio, muchas gracias.

El Presidente,

José Séculi Brillas



A handwritten signature of Ramón Turró Darder, written in dark ink, featuring a stylized 'R' and 'T'.

RAMÓN TURRÓ DARDER

☆ 8 diciembre 1854 — † 5 junio 1926

Sesión conmemorativa celebrada en el Colegio Oficial de Veterinarios

Si rendir homenaje a nuestros antecesores es un deber cristiano, la obligación supera a toda ponderación cuando, a quien se debe honrar, es uno de los hombres nuestros más señeros, de prestigio internacional, barcelonés y veterinario; cuya personalidad de biólogo y de pensador supo atravesar fronteras solamente con el mérito de su propio valer.

Su obra no ha sido valorada y exaltada entre nosotros como debiera; su personalidad no ha sido realzada con los soportes que su labor merecía para mayor honor y prestigio de España, ni siquiera en su propia patria chica. Turró ha sido uno de los hombres más destacados que Barcelona ha dado en el campo de la biología, y en la exaltación de su recuerdo debíamos figurar en primer término los veterinarios de esta provincia, de los que Turró fué presidente en dos épocas de su vida: en 1904 y en 1912.

El Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Barcelona preparó, dentro de sus posibilidades, varios actos de homenaje, el primero de los cuales tuvo lugar el 16 de diciembre de 1954 en el Salón de actos del Colegio, a las 7 de la tarde, el cual, totalmente lleno de una concurrencia distinguida ofrecía extraordinaria brillantez.

Ocuparon el estrado presidencial don José Séculi Brillas, Presidente del Colegio; don Juan Pérez Bondía, en representación del excelentísimo señor Capitán General; don Joaquín Martínez Borso, Jefe provincial de Sanidad; don Federico Corominas, Presidente de la Real Academia de Medicina; don Angel Sabatés Malla, académico veterinario; don Remigio Dargallo, Director del Laboratorio Municipal; don Aniceto Puigdollers, Jefe provincial de Ganadería; don José Sanz Royo, Presidente del Seminario de Ciencias Veterinarias; el doctor Roig Perelló, por el Colegio Oficial de Farmacéuticos, y otras representaciones y personalidades científicas barcelonesas.

Abrió la sesión el Presidente del Colegio, señor Séculi, con las siguientes palabras:

Excmo. Sr., ilustres autoridades y representaciones oficiales; señoras, señores, compañeros y amigos:

El día 8 de diciembre de 1854, nacía en un bello rincón de la costa barcelonesa, en Malgrat, Ramón Turró Darder, a cuya memoria en el centenario de su nacimiento, el Colegio de Veterinarios, con la colaboración de la Real Academia de Medicina y el Laboratorio Municipal de Barcelona, ha organizado varios actos de homenaje en mérito a haber sido, con todas las características de una mentalidad excepcional, una de las más acusadas personalidades de la vida científica española de finales del ochocientos y primeros lustros del siglo actual, así como uno de los hombres más destacados de nuestra historia Veterinaria.

El Colegio de Veterinarios de Barcelona no podía olvidarse del compañero que con todo honor y pleno acierto fué su primer presidente de la historia colegial; del gran investigador bacteriólogo, gran figura estelar del movimiento científico que rodeó la génesis de la microbiología en España, defensor entusiasta frente a la rutina y al empirismo de aquellos tiempos, de los nuevos conceptos que estableciera Pasteur; del compañero, genial inmunólogo, que escribió *Los mecanismos de la inmunidad*, la obra que con una doctrina inmunológica nueva, amplia, prometedora, establecía conceptos inéditos que la bacteriología experimental tardaría lustros en evidenciar, pero que hoy tanto la bacteriostasia como los antibióticos, tienden a darle plena razón; del profundo pensador y filósofo que admiraría sorprendentemente a media Europa con sus estudios; del gran fisiólogo, evidenciado en cada una de las páginas de sus actividades. Turró a quien todavía se le debe el reconocimiento de su obra genial que atravesando fronteras dejó huellas indelebles en la inmunología y en la filosofía, merece sobradamente en este centenario de su nacimiento, se le rinda unas sesiones de homenaje que si bien pueden ser sencillas, llevan en su seno toda la admiración, el cariño, el caluroso afecto que su personalidad despertó entre nosotros, y que persisten a los 28 años de su muerte como una estela de gloria que aureola su recuerdo, con tendencia a crecer y relucir con mayor vigor a medida que el tiempo pasa.

Justificado en breves palabras el homenaje que estamos celebrando y que la Prensa barcelonesa espontáneamente está glosando estos días, como Presidente del Colegio de Veterinarios de Barcelona y en nombre del mismo, pláceme agradecer públicamente las facilidades, la gran cordialidad, la amabilidad que por todas partes he encontrado al organizarse estos actos de homenaje. Tanto por parte del doctor Corominas, el Ilre. Sr. Presidente de la Real Academia, entidad científica a la que llegó Turró por derecho propio, relativamente joven, como por parte del doctor Dargallo, actual director del Laboratorio Muni-

pal, del que fué Turró durante muchos años también director, como por parte de los doctores Nubiola, Sabatés, Sanz Egaña y Cayetano López, todo cuanto diga es poco para agradecerles su deferencia al aceptar colaborar y el haber facilitado la designación de los temas respectivos de manera que en las cinco conferencias que componen los actos de homenaje, se pudiera abarcar y glosar debidamente las diversas facetas de la múltiple personalidad de Turró, comenzando hoy por la más amplia y profunda, la faceta filosófica, pasar después al comentario de su obra como biólogo y bacteriólogo y dedicar mañana a las glosas de su actuación en el Laboratorio Municipal, a su intervención en la vida de la Real Academia y su actividad en la veterinaria, para terminar en forma amena y agradable con el Turró humano, el Turró anecdótico, por parte de quien fué un gran amigo suyo el doctor Nubiola, académico de Medicina y académico de la amenidad por su gracia y donaire en el decir.

Así, estos días, cinco personas, tres veterinarios y dos médicos, desde diversos ángulos y cada uno según sus propios puntos de vista, harán desfilar ante nosotros facetas, recuerdos, comentarios que dejarán viva en nuestra mente la imagen de la gran personalidad de Ramón Turró Darder con su admirable actividad polifacética.

El Colegio de Veterinarios de Barcelona ha designado para hablar en la sesión inaugural de esta tarde a dos prestigiosos compañeros, cuyas condiciones personales consideramos las más acertadas para hablar de Turró con pleno conocimiento. Y como son ellos, los que van a hablar-nos de Turró, cedo la palabra, en primer lugar, a don Cesáreo Sanz Egaña, director del Matadero de Madrid, Vicepresidente del Comité Internacional de los Congresos de Veterinaria, miembro de la Academia Veterinaria de Francia, nuestra más recia personalidad veterinaria en el campo de la higiene alimenticia, de la ciencia de la carne y sus industrias derivadas, gran investigador bibliófilo, enamorado de los libros, de la soledad de la biblioteca, de la meditación en el estudio, el cual precisamente nos va a hablar de *Glosas de un lector de la filosofía de Turró*.

A continuación nos hablará don Cayetano López y López, Presidente del Consejo Superior Veterinario, miembro del Patronato de Biología Animal, gran investigador bacteriólogo formado en Barcelona precisamente al lado del Maestro del que fué aventajado discípulo, miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona a la que ingresó para ocupar el sillón que la Muerte con su presencia inaplazable hizo dejar vacante al llevarse a Turró el cinco de junio de 1926, el cual se referirá a otra faceta de la actividad fecunda del gran biólogo veterinario, hablándonos sobre *Turró y su personalidad*.

Glosas de un lector de la filosofía de Turró

Por el doctor don Cesáreo Sanz Egaña

Director del Matadero de Madrid

Representa para mí un destacado honor la invitación de este Colegio provincial de Veterinarios para intervenir en el homenaje a la memoria de Ramón Turró en el centenario de su nacimiento. El acuerdo de este homenaje a la persona del insigne pensador, del veterinario prestigioso que en una época fué vuestro Presidente y durante su vida colegiado modelo, merece la felicitación de toda la veterinaria española.

En verdad os digo que yo he tratado muy poco a Turró; eso sí, en todos los viajes a Barcelona procuraba saludarle y siempre en visita de cortesía, sin alcanzar la convivencia íntima de la tertulia del café ni de las charlas en el Laboratorio.

Pero, si traté poco a la persona de Turró, en cambio he leído mucho, cuanto ha estado a mi alcance, de su ingente obra científica y literaria; he leído y guardado en mi biblioteca la mayoría de sus obras; algunas son piezas circunstanciales a modo de notas agudas de su vida atormentada. Así no os extrañe que en esta solemne ocasión quede reducida mi colaboración, modesta y entusiasta, a reflejar las impresiones recogidas durante la copiosa lectura de la obra turroniana; lamento que mi falta de tiempo me impida un largo análisis, ya que el tema lo permite, incluso contando con mi escasa preparación filosófica; tampoco pretendo abusar de vuestra atención. Por ello, mi labor se reduce a leer ante vosotros unas glosas sobre Turró, filósofo.

* * *

Leyendo las obras de Turró, incluso las que podemos considerar como literarias y de temas científicos, se saca una primera impresión: su ingénita disposición para el examen y controversia sobre diferentes materias. No ha de extrañarnos que oriente su inteligencia en lucha constante por conocer y explicar la verdad, la máxima sabiduría para el humano conocimiento.

Todos sus libros acusan abundante lectura, y lectura muy variada: literatura, matemáticas, biología, filosofía..., sin detenerse mucho tiempo. Eso sí, sus paradas son fecundas, como lo demuestra la variada bibliografía, toda de mérito indiscutible.

Estudiante de Medicina, estudiante de Filosofía en el concepto universitario, no llegó a alcanzar ninguno de los grados académicos correspondientes a estas disciplinas; en cambio, sí se revalidó en Veterinaria. Fué en cumplimiento de un precepto muy español: el de poseer capacidad legal para desempeñar un cargo oficial; entre nosotros la posesión del título académico es lo fundamental; la suficiencia... se le supone.

Estudió y aprobó las enseñanzas de Veterinaria, pero, la labor más trascendental, que prestigia la figura de Turró, se ha desarrollado en el campo de la filosofía. Sus trabajos biológicos: fisiología, inmunología, etc., están impregnados de conceptos filosóficos y podemos admitir que la idea antecede a la comprobación experimental.

El hombre de laboratorio se dedica a investigar las causas de los hechos observados, el mecanismo íntimo de esos mismos hechos, pero se detiene en el umbral del conocimiento de las causas y de sus condiciones determinantes o accesorias. Cl. Bernard, a quien tanto leyó y comentó Turró, ha escrito: "La investigación de las causas primeras, no es del dominio de la ciencia. Nuestra propia naturaleza nos lleva a buscar la causa primera, es decir, la esencia o el *por qué* de las cosas; desde este punto de vista vamos más lejos que la meta que nos han dado alcanzar, porque la experiencia nos enseña en seguida que no podemos pasar del *cómo*, es decir, del determinismo que da la causa próxima o la condición de existencia de los fenómenos.

Lo que llamamos *determinismo* —continúa— de un fenómeno, no es otra cosa que la *causa determinante* o la causa próxima, es decir, la circunstancia que determina la aparición del fenómeno y constituye su condición o una de las condiciones de existencia" (1).

Así, Turró acepta el determinismo pero se lanza por cuenta propia a investigar los conceptos donde se fundamentan las ciencias, busca la ruta de la verdad por los campos de la filosofía bien pertrechada la mochila con nociones filosóficas; así ahonda profundamente en el origen y desarrollo de la naturaleza del conocimiento, o dicho con las palabras de Unamuno, "las explicaciones genéticas del conocimiento".

En los principios Turró trabajó en el laboratorio de fisiología del doctor Pi Suñer, de la Facultad de Medicina de Barcelona; ya desde el primer momento compaginaba las investigaciones fisiológicas con las meditaciones filosóficas. Repasando su bibliografía publicada e inédita, comprobamos textos de biología: fisiología, bacteriología, epidemiología... y otra serie, bien nutrida, de temas de filosofía y psicología.

* * *

(1) Cl. Bernard. *La ciencia experimental*. Trad. española. Madrid, S. A. (1880?).

En 1909 aparece la obra eje de la filosofía turróniana: *Orígenes del conocimiento*. El texto fué publicado primeramente en alemán, con el título de *Ursprunge der Erkkennntnis*, en la revista *Zeitschrift für Psychologie und Sinnes physiologie*, y después en tirada aparte, en Leipzig. Esta obra alcanzó, por su originalidad, un gran éxito en el mundo científico. En 1914 se publica traducida al francés con el título: *Les Origines de la connaissance*, en la biblioteca científica de Alcan, de París, de renombre universal. Por último, en los años 1917 y 1921, se publican ediciones españolas, la última y más completa, con un prólogo de Unamuno, edición que he leído y consulto.

Uno de los críticos de este libro, el profesor Segond, ha escrito estas palabras: "Lo que en realidad se propone dilucidar Turró es la condición misma de la posibilidad de la experiencia; de ahí que se plantee y resuelva biológicamente el problema de las categorías del conocimiento de lo real. Para alcanzar este conocimiento, el conocimiento de lo real, no es necesario, escribe Turró, dar lo real por supuesto, como se viene haciendo, creyendo que es un término necesario del conocimiento".

Al proceder así se invierten los términos del problema, porque "conocer es representarnos lo real por medio de imágenes". Las imágenes son conocidas por los sentidos que despiertan una sensación en nuestro organismo; así el sujeto que sufre el hambre, una de las sensaciones vitales más importantes, ignora qué es lo que le atormenta; sólo sabe que mediante la ingestión de algo se calma el hambre, se restablece la euforia; siempre que surge la sensación trófica se busca ingerir algo, pero ese algo, que está fuera de nosotros, tiene olor, sabor, color. Así los sentidos perciben estos signos y las características del objeto, que archiva la memoria, y con ellos formamos imágenes. La experiencia nos informa que las imágenes con estos signos calman el hambre; comiendo hemos adquirido algún conocimiento de lo real.

"Llegamos al conocimiento de las cosas, —escribe Izquierdo Ortega— porque mediante un ensayo continuado —verdadero experimento— se entabla una conexión entre el signo sensorial y el efecto trófico primero, y entre el signo y el objeto externo. Ahora se ve claro que todo conocimiento perceptivo surge de la experiencia, no brota con ocasión de la experiencia, como decía Kant. Sólo la experiencia nos enseña qué cosa contiene virtualmente lo que nos ha de alimentar; que los signos sensoriales son efecto de una causa, que entre el sujeto y el objeto hay una distancia. La experiencia es pues la mina de donde se extraen los conocimientos que urge poseer el individuo. El conocimiento nace como una necesidad de la vida. Primitivamente se conoce para vivir. El co-

nocimiento se adquiere en el comercio con el mundo para poder continuar viviendo" (J. Izquierdo Ortega. *Filosofía española* (Tres ensayos). Madrid, 1935).

* * *

En 1917 dictó Turró un cursillo sobre lecciones de filosofía en la Sociedad de Biología de Barcelona, que fueron recogidas en un libro con el título de *Filosofía crítica*, Madrid, 1919. Enjuiciando el contenido doctrinal de este libro, Bofill y Pichot ha escrito: "Desde la caída de la filosofía escolástica, heredera del pensamiento griego, sistemati-



El doctor Sanz Egaña durante su conferencia

zado por Aristóteles, se había roto el enlace que mantiene como soldadas la vida de la inteligencia superior y la del cuerpo, y he aquí que Turró con la aportación de hechos nuevos, de naturaleza fisiológica, vuelve a vincular la vida vegetativa que es la del cuerpo que se nutre y la vida del espíritu que piensa haciendo del cuerpo y del alma una sola entidad. Las investigaciones de Turró nos llevan de nuevo por las vías de la experiencia a la objetividad de las cosas".

En el mismo año Turró dió varias conferencias en Madrid, dos de ellas en la primitiva Residencia de Estudiantes, con el tema: *La base trófica de la inteligencia* (Publicaciones de la Residencia. Madrid, 1918),

donde resume el frondoso contenido de la labor desarrollada en las dos citadas obras.

La lectura de estas conferencias, de alta vulgarización, facilita mucho la comprensión de las ideas y conceptos filosóficos del autor.

En *Filosofía crítica* Turró explica el propósito, cual es el contraponer al criterio kantiano el criterio que informa la investigación experimental acerca de la teoría del conocimiento.

Sus palabras son: "Este penetrar en los primeros términos, estas investigaciones analíticas donde vive la duda inquietadora que impulsa al hombre a escudriñarse cómo piensa, lo qué piensa, es el alma de la verdadera Filosofía crítica, considerada en un sentido epistemológico más estricto que el que le diera Kant. En cambio, los que únicamente se cuidan de construir un sistema y se abandonan confiados a sus concepciones, son como las aves que se remontan y se pierden en el espacio y no saben volver a tierra conocida donde dejaron el nidal".

Insistiendo sobre estos conceptos nos llevará buscando el origen de los conocimientos a recordar a Descartes, otro científico de las matemáticas, para quien el conocimiento viene de los sentidos, es decir: "Todo procede de un elemento extrínseco a la inteligencia". Y si todo nos llega de los sentidos, yo pregunto —es decir, Descartes se pregunta—: ¿Pueden engañarnos los sentidos? Lo medita, lo examina y por el hecho de examinarlo movido por la duda, ya se establece un nuevo método de investigación.

La duda avanza más y se fija en el concepto kantiano de valoración de la investigación experimental. Este filósofo ha sido la persona que sometió la teoría del conocimiento al más severo análisis y dedujo esta conclusión: todo conocimiento es experiencia. La sensación se convierte en percepción por obra de la forma que la mente aplica a la materia sensorial.

Pero Turró es biólogo, más concretamente, fisiólogo, y al estudiar profundamente la génesis psicofisiológica del conocimiento, no acepta la doctrina kantiana. Izquierdo Ortega planifica muy bien estas discrepancias en el siguiente resumen: "Para Kant es la naturaleza del objeto la que ha de adaptarse a la naturaleza de la inteligencia; para Turró ha de ser, por el contrario, la naturaleza de la inteligencia la que ha de adaptarse a la naturaleza del objeto. Kant y Turró son, por tanto, los dos polos opuestos. Kant no estudió la mente psicológica, sino la mente lógica; lo que se impone es algo subjetivo, independiente de las condiciones psicológicas que determina su aparición. Turró busca los orígenes psicológicos del conocimiento con la profunda convicción de que, si el intelecto no conoce sino lo que de fuera le es impuesto como experiencia, no cabe suponer a priori las formas del conocer mismo.

Kant mira hacia el sujeto, Turró hacia el objeto. Kant hace la crítica de la razón y Turró la crítica de la experiencia pura”.

Siguen muchas lecturas, los trabajos de los fisiólogos alemanes que también dejaron estudios filosóficos. J. Muller, Wundt... ponen a Turró en la vereda de encontrar la solución que busca acerca del conocimiento de lo real. Pertrechado con estas ideas del siglo XIX, ha tenido necesidad de alejarse mucho en el tiempo hasta alcanzar la serenidad de la filosofía griega; es Aristóteles sobre quien se apoya de nuevo; aquello de que piensa el intelecto es siempre un elemento extrínseco al intelecto mismo, había dicho el Estagirita. Esta doctrina ha sido confirmada durante mucho tiempo por la experiencia; son los sentidos quienes perciben las impresiones cenestésicas para transmitir las a través de los nervios al sensorio donde se registra la sensación.

Fisiológicamente será difícil explicar la sensación sin la impresión recogida por un receptor nervioso; con mayor razón “psicológicamente resulta insuficiente admitir —son palabras de Turró— que sólo por la acción centrípeta, pueda reaccionar la inteligencia para adivinar que en todas las cosas que perciben los sentidos hay algo que los sentidos no perciben si no tienen noticia de ello por uno u otro conducto”.

Por lo pronto, la fisiología nos enseña que las sensaciones tienen su origen en los estímulos del mundo exterior, son las que entran por las cinco ventanas de los sentidos; las sensaciones pueden tener también origen en el interior del organismo, sin receptores específicos: todos percibimos el dolor sin disponer de un sistema especial y con frecuencia se engendra en la intimidad de la trama tisular de nuestro organismo.

Buscando la solución al enigma y partiendo de la sensibilidad de la materia viva, Turró acertó a encontrar en la sensibilidad celular, en los elementos microscópicos donde se inician las palpitaciones de la vida: sensibilidad sólo bosquejada, que es aprovechada para subvenir a las necesidades de la nutrición: la sensibilidad trófica.

Primum vivere, dice el dístico; los organismos viven porque se nutren, y actualmente conocemos el mecanismo fisiológico de la nutrición desde los estímulos que despiertan la necesidad de ingerir alimentos, de reparar el desgaste orgánico, hasta los fenómenos complicadísimos del metabolismo íntimo de la propia nutrición.

La sensación trófica, que el vulgo llama hambre, no es una sensación difusa; por el contrario, presenta diferencias específicas que acusan en el subconsciente lo que falta en el organismo.

Así se puede hablar de hambre de lípidos, de hambre de glúcidos, etc., según las necesidades del metabolismo vital; la sensibilidad trófica, asentada en las células avisa las penurias o carencias de las

propias células en factores nutritivos. A estas actividades tróficas, Turró concede la categoría del origen de la vida psíquica.

Durante los primeros años de la vida humana, desde el primer día de nacer, percibimos por la nutrición cuáles son los elementos del mundo exterior que nos hacen falta. El niño recién nacido busca la ubre de su madre para subvenir a las exigencias de la sensación trófica; es decir, las primeras impresiones externas que llegan a la conciencia, son originadas por los alimentos en esta fase post-natal; podemos dudar de que los sentidos perciban sensaciones específicas, pero nos es dable asegurar que la sensación trófica funciona activamente y con regularidad. Con la edad no desaparece la sensación trófica, se perfecciona y cuenta con la colaboración correlativa de las sensaciones percibidas por los sentidos; la vista, el olor, el sabor... de los alimentos, contribuyen, evidentemente, al perfeccionamiento de la sensación trófica. La organización de estos procesos constituye, según Turró, la base de la inteligencia.

* * *

Tengo pocas noticias de la vida de Turró (repito le conozco sólo a través de sus publicaciones) y he sacado la impresión de considerarle dotado de una admirable inteligencia en continuo desorden. Leyó, escribió, discutió, polemizó, todo con gran brillantez y destacada indisciplina, propia de los genios. Supo mucho y de todo, dispersó sus conocimientos y no acabó ninguna labor definitiva; probablemente lo más completo y perdurable serán sus publicaciones filosóficas; aun así y todo, quedaron muchas incompletas.

Las actividades de Turró fueron muy dispares: de joven estudiante, periodista, poeta; después investigador en fisiología, en bacteriología; a ratos, muchos ratos, polemista en variados terrenos; primero discute la famosa fórmula de la vida del doctor Letamendi; años después sale audazmente a vindicar al poeta Verdaguer; polemiza con el doctor Ferrán; en los intermedios de todo este tráfigo medita y filosofa.

Este hombre de vivir tan desordenado, una mitad bohemio y una mitad sabio distraído, sorprendió a los españoles cultos en 1923 con un magistral discurso en la inauguración del IX Congreso de la Asociación para el progreso de las ciencias, celebrado en Salamanca, discurso que lleva por título *La disciplina mental*, y que leído por el doctor Marañón, produjo en el selecto auditorio una impresión profunda. Turró, que durante muchos años disipó su inteligencia a los cuatro vientos, Turró, que buscaba en las lecturas más contrapuestas la satisfacción de su insaciable curiosidad, nos ha legado este discurso que, al decir de su primer lector, "produce el escalofrío de las obras verdaderamente geniales". Con menos autoridad me permito equiparar-

lo al *Discurso del Método*, de Descartes, autor muy comentado en el discurso de Turró.

Si "las cosas y los hombres ya no son, en el pensamiento turroniano, sino conforme los concebimos si nos parecen evidentes", y por otra parte si "con sólo atenernos a nuestro juicio personalísimo podemos separar la verdad del error, el buen pensar del extraviado", se comprende la trascendencia de la disciplina mental para llevarnos por el buen camino de la verdad.

Con todo cuanto antecede he pretendido glosar modestamente y al alcance de mis fuerzas, que ya "las mustian los primeros fríos del otoño" (como escribió el maestro en memorable ocasión), sobre la filosofía de Turró; para completar el cuadro de sus actividades de pensador y publicista, quiero recoger otras noticias que vienen en defensa de la unidad sistemática de su posición filosófica.

En 1912 se publica *Criteriología de Jaime Balmes*, Barcelona.

En 1913 en *Arxius de l'Institut de Ciències de Barcelona* se publica *Orígenes de las representaciones del espacio táctil*, capítulo de un libro inédito: *El sentido del tacto*; años posteriores, en 1920, se publica este trabajo traducido al francés en *Journal de Psychologie*, de París, y por último en 1916, la *Revue Philosophique*, de París, publica *El método objetivo*, resumen de un libro inédito. Estos dos últimos trabajos se han publicado en castellano en la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* en el número homenaje a Turró, tomo XVI, año 1926.

Quizás el último escrito de Turró ha sido *Diálogos sobre las cosas de arte y de ciencia*, en la *Revista de Catalunya*, 1925.

* * *

Turró visto a través de sus publicaciones fué un filósofo; ya muy joven, en 1878, publica su libro *Composiciones literarias* y la mayoría se titulan meditación; en edad tan joven escribió unos versos que ciertamente se han cumplido de acuerdo con su voluntad:

¡Ah! si Dios del cielo me acogieras
bajo tu protección, agradecido
olvidara por Tí cuánto he sufrido,
y en himnos de alabanzas convirtieras
el coro de mis flébiles gemidos.

Turró y su personalidad

Por el doctor don Cayetano López y López
Presidente del Consejo Superior Veterinario

Aun reconociendo mi falta de dotes para abordar, siquiera sea en breve síntesis, el análisis de una personalidad tan sugestiva, genial y polifacética como la de Turró —filósofo, sabio, escritor, polemista, compañero y amigo— al ser solicitado para ello, no podía hacer otra cosa que prestarme al sacrificio, tanto por la amistad que me liga a los organizadores, que en este caso es verdadera tiranía por su parte, como por ser Presidente de honor de los cuatro Colegios catalanes, y, especialmente, por pertenecer, ocupando seguramente uno de los últimos puestos, a aquella pléyade ilustre de discípulos directos que dejara en Cataluña, cual semilla esparcida en tierra fértil, aquel hombre sabio y bueno, grande y justo, que en vida se llamó Ramón Turró. Me refiero, naturalmente, a González, Cervera, Pi y Suñer, Dalmau, Alomar, Domingo, Dargallo, Riera, Baltá, Bellido, Peyrí, Nubiola y tantos otros.

Y por si esto fuera insuficiente, no he olvidado jamás que fué Turró quien puso en mis manos el hilo de Ariadna que había de orientarme en el laberinto de la investigación, ni que fué su última firma la que completó las necesarias para mi ingreso en la Real Academia de Medicina y Cirugía, honor inmerecido tal vez, pero del que me enorgullecí siempre, lamentando el que, por la distancia, no me haya sido posible colaborar en la cuantía y forma que ella merece.

Es natural, pese a mis deseos de corresponder a tal distinción y en momento tan solemne y grandioso, que no me sea posible cumplir airoosamente tal cometido, dado el abismo que separa al sabio y al maestro, de este modesto discípulo, que, si bien con la base alcanzada en aquellos años y a fuerza de trabajo, voluntad y en un medio poco propicio, con frecuencia hostil, ha procurado, y en parte conseguido, seguir el camino que él trazara y convertir en realizaciones prácticas las enseñanzas y orientaciones nacidas en aquellas memorables tardes y discusiones de la calle de Sicilia, en manera alguna las considero

dignas del mérito y labor de aquel hombre, uno de los más completos y uno a quien más he querido y admirado en esta vida.

Pero, del mismo modo que era necesario, imprescindible mejor, que se celebrase este acto, lo era igualmente el que algunos de los que nos formamos científica y técnicamente a su lado, nos sumásemos a él, aportando, si no muchos materiales propios, sí, por lo menos, los necesarios para servir de recuerdo, de refrescamiento, para que las generaciones jóvenes de veterinarios, de médicos, de biólogos y aun del público en general, hoy preocupados por exigencias de la vida o poco predispuestos o demasiado olvidadizos, recordando el pasado, se den cuenta de aquellos hombres que, como él, tanto significaron para la profesión, para la biología y filosofía, en general para la formación de hombres de Ciencia, para el prestigio y honra de la región catalana y de la Patria española.

Por ello y teniendo en cuenta que se me han fijado tiempo y límites, y que después de lo que se dijo y escribió a raíz de su fallecimiento, poco puede significar lo que yo aporte ahora, procuraré condensar mis pensamientos y juicio, tomando como punto de partida el hombre físicamente considerado y el medio en que se desenvolvió, para, después, rápidamente, ocuparme de su labor.

* * *

Constitución, temperamento y medio o ambiente, son los factores que deben tenerse en cuenta cuando se pretende analizar, para enjuiciarla o para que sirva de ejemplo, la labor de un hombre.

La primera, ligada a la herencia, si bien varía con la raza, edad, clima, latitud, planicie y montaña, apenas sufre variación en el curso de la existencia. De ahí los cuatro tipos humanos ya reconocidos y descritos por Hipócrates y que otros filósofos y psicólogos modernos han relacionado acertadamente con la conducta y aun con los padecimientos, por ejemplo, obligando a tener en cuenta, cuando se quiere diagnosticar y tratar las enfermedades o los meros trastornos orgánicos, no solamente las circunstancias generales sino las particulares del enfermo. Esto es, junto a la entidad nosológica está el individuo, el terreno en que aquélla evoluciona y que no puede menospreciarse. Y esto mismo pasa con la manera de ser normal y con la obra del hombre. Es necesario conocer su constitución, su misma anatomía y fisiología, si aspiramos a interpretarla con probabilidades de acierto.

El temperamento, al contrario, es susceptible de una mayor adaptación al medio e influencias de todo orden, permitiendo al individuo modificarse, evolucionar, progresar, desviándose, en gran parte cuando menos, del camino y orientación que pudieran esperarse había de seguir teniendo en cuenta su constitución y medio.

Dentro de los cuatro temperamentos en que Viard agrupa las tendencias psíquicas, cuyos signos nos sirven para la orientación intelectual, moral y profesional, o sea, realizador, pensador, móvil y sedentario, Turró debe ser encuadrado en los dos primeros o en los nerviosos y biliosos de Hipócrates, muy separado, por tanto, del sanguíneo, linfático o sedentario. Esto es, iniciativa, curiosidad intelectual, espíritu de empresa o combativo, aptitud de mando, reflexión y meditación, voluntad recia, firme, sólida, apasionada, con frecuencia brusquedad, deseos de prodigarse, de realizar y amar y, sobre todo, imaginación, ingenio, excitabilidad y aversión por los términos medios e indefinidos.

La influencia que sobre él pudo ejercer el medio, resalta claramente examinando éste. Recordemos lo primero, que Turró nació y alcanzó la pubertad a orillas del Mediterráneo, en épocas de agitación política interna cuando el cultivo de la literatura, de la poesía y aun de las armas estaban en todo su apogeo, por lo que no hay que extrañar sus incursiones en aquellas disciplinas, ni que, llevado de su romanticismo, espíritu emprendedor y amor a la libertad, empuñase la carabina, e igualmente que, aun no terminada la carrera de Medicina, se trasladase a Madrid haciendo de periodista y de poeta. Todo esto es propio de los españoles del siglo pasado y entre ellos de gran número de catalanes, pues quienes vean en los habitantes de esta región nada más que fabricantes, hombres de negocios, siempre pendientes del Debe y Haber, o del Inspector de Hacienda, es que no han calado lo debido en el fondo de sus sentimientos y vida, pues pocas o ninguna región puede superarles en el cultivo de las artes, de la música, de la pintura, en el amor a los pájaros, en el mantenimiento de sus costumbres, dándose con frecuencia el caso de encontrar algunos que compaginan perfectamente la melena, corbata y afición a coleccionar ladrillos, por ejemplo, cultivar flores o fundar museos raros, con sus grandes conocimientos científicos y artísticos. Y esto es excepcional se dé en otras partes que no sea en las costas del Mediterráneo, donde tanto se deja sentir el espíritu griego en armonía con la ciencia de él nacida. Por eso se ha dicho acertadamente que las catedrales, las fábricas y el progreso todo, son el espíritu hecho visible.

Reintegrado a la biología, primeramente a la medicina, cuya carrera, según es sabido, no llegó a terminar, inicia sus publicaciones con el trabajo referente a la circulación arterial que lleva ya el sello de la originalidad y constituye el primer escalón de su nombradía y labor fisiológica. Por aquellos años se publicaron sus célebres polémicas combatiendo el verbalismo y la tan exaltada como vacua "fórmula de la vida" de Letamendi.

Felizmente para la ciencia, en Barcelona, al lado de don Jaime Pi Suñer y otros doctores, continúa publicando trabajos relacionados con el movimiento circulatorio de la sangre y con observaciones y razonamientos que fueron imponiéndose y abriendo camino a una teoría turroniana, labor, escritos y teoría magistralmente estudiados por el doctor Cervera y que debo pasar por alto, porque, a pesar de todo, ni aun reforzado con publicaciones y conferencias dedicadas a secreciones internas, que Turró fué el primero en tratar científicamente, ni fué tan conocida ni alcanzó tanta resonancia como su producción, apor-



El doctor don Cayetano López López leyendo su trabajo

taciones y escritos en bacteriología, inmunología y filosofía, que cultivó simultáneamente.

Permítaseme reproducir gran parte de un trabajo que publiqué hace 25 años por considerarle adecuado al momento.

Es indudable que los hombres de ciencia, aunque reconociendo la importancia de la filosofía, del puro pensar, hemos de ver en ella la consecuencia de la primera; si se quiere, el medio para llegar a la verdad de las cosas que aquélla nos pone de manifiesto, o no ver nada.

Y esto es lo que destaca enormemente en Turró filósofo: el deseo ferviente, tenaz, de huir de la filosofía que pudiera calificarse solamen-

te de juego de palabras, dejando paso libre a la otra, a la científica, metodizada y comprobable experimentalmente.

“La rítmica dependencia de la filosofía y la ciencia —dijo Xirau hablando de la de Turró— no es un hecho episódico producido en un momento dado por el deslumbramiento que el progreso de una ciencia o de una técnica dada puede producir sobre una generación. Toda verdadera filosofía se construye en conexión y en contacto con una ciencia y su progreso es paralelo al progreso general de las actividades científicas”.

“La filosofía, aparte de la ciencia, queda sin sustento y se convierte en una vacía y pedantesca sonoridad de palabras altisonantes”.

Natural es pensar que Turró, hombre de ciencia, sintiese la necesidad de la filosofía, creyendo hallar en ella la explicación de la verdad, y que el científico, no conformándose con la filosofía al uso, idease una nueva, científica, aquella que fluía constantemente de sus palabras, que procuró inculcar a sus discípulos y que pudiéramos ver reflejada en aquello de: Todo es fisiológico, natural, hijo de la vida misma. Lo psíquico nace de lo íntimo de los tejidos, lo mismo que el hambre y el deseo sexual. Sólo hay una ciencia, la experimental; no admitir como un hecho lo que no se pueda demostrar experimentalmente. Tened presente que las teorías, las escuelas y los hombres pasan, mientras los hechos subsisten; observad éstos objetivamente tal como son; investigad sus causas con seriedad; pensad por cuenta propia; haced ciencia original. La verdadera demostración experimental no estriba en que uno haya visto los hechos sino en que los demás los vean, prefijando al efecto, clara y distintamente, las condiciones a que el fenómeno responde. El testimonio personal es nulo en la ciencia.

Conforme con este proceder, ansiaba reducirlo a un problema de observación y experimentación biológicas. “Porque ve la filosofía racionalista disolverse en las brumas de una ignota especulación metafísica, busca una filosofía científica”, dijo Izquierdo justamente.

No importa mucho si lo consiguió desde todos los puntos y bajo todos y cada uno de los aspectos en que pueda examinársela. Lo esencial de sus obras *Los orígenes del conocimiento*, *La base trófica de la inteligencia*, etc., está en eso, y solamente el hecho de haber conseguido sobresalir, imponerse, crear escuela, ser considerado como una de las primeras mentalidades españolas en un ambiente tan contrario por su superficialidad y aficiones literarias como era en España, demuestra bien claramente la valía del hombre y la potencialidad de su cerebro creador.

En Turró, biólogo, encontramos, o al menos podemos apreciarlas con más conocimiento de causa, lo que se calificó de “geniales intuiciones”. Más que obra experimental, extensa y acabada, cuya revi-

sión o comprobación nos fuese dando idea del esfuerzo del sabio, de la veracidad de los hechos, de la interpretación de los mismos y de las raíces donde se nutre la teoría en todas sus manifestaciones o aplicaciones, nos encontramos ante concepciones elevadas, en armonía con su talento y con su admirable imaginación, y que, incompletamente cimentadas, han resultado verdaderas muchas y dignas de serlo y propulsoras de la investigación, todas.

Afianzado ya en el Laboratorio, para bien de todos y en plena época bacteriológica, pronto pone su sello a algunos inventos y descubrimientos. Sirvanme de ejemplo el tubo que lleva su nombre y las placas para anaerobios; la posibilidad para ciertos gérmenes de cultivar en medios ácidos y el desarrollo del neumococo en medios glucosados.

Mas dentro de esta actuación de Turró en biología, merece señalarse la participación activa, intensa, y el sello impreso en los procesos de inmunidad, y que partiendo del "*Corpora non hagunt nisi soluta*", que opuso resueltamente al "*Corpora non hagunt nisi fixata*", de Ehrlich, con gran participación en el fenómeno de hipersensibilidad y en la obtención y estudio de los fermentos y sus propiedades en los tejidos, había de terminar con las siguientes palabras, que merecían estamparse en las paredes del centro donde fueron conocidas:

"El organismo se inmuniza porque se nutre; por el mero hecho de asimilarse en la materia viva del epitelio la substancia bacilar, engendra en ella reacciones de defensa, de la misma manera que las engendra la inyección parenteral de ese antígeno en la totalidad de las células del organismo.

"Donde quiera que la materia viva convive con las materias del medio ambiente, opone mayores resistencias a la infección, sólo porque adquiere la aptitud de poder nutrirse con ellas; mas para que en ella pueda nutrirse, es preciso que pueda atacarla y desintegrarla hasta transformarla en materia apropiada. A la suma de reacciones que se han de poner en juego para conseguirla, las llamamos anticuerpos, y las designamos mal, porque en el fondo no son más que los mecanismos fisiológicos de que el organismo dispone para el mantenimiento de la vida".

Que Turró había visto a larga distancia el mecanismo íntimo de la inmunidad y que en parte había visto bien, nos lo han demostrado los años posteriores, ya que es posible demostrar diferentes mecanismos reaccionales, por lo que hay que concluir que todas las células son susceptibles de reaccionar como lo son de nutrirse. De otro modo: si las células no reaccionasen o lo verificasen en una sola dirección, el edificio vital y la propagación de la especie quedarían comprometidos.

Turró no se contentó con ser filósofo ni hombre de ciencia. Convencido de la efímera vida del hombre quiso crear discípulos. Y digo mal, tal vez, al decir, "quiso", pues la vocación de maestro era innata en él sin duda hasta el extremo de destacarse sobre todas por valiosas que fueran.

Alguien ha escrito recientemente que no dejó apenas discípulos. Nada más injusto. El creó la Escuela catalana de bacteriólogos a la vez que Cajal en Madrid ampliaba la de histólogos. Aunque modestos, hemos sido varios los que nos formamos a su lado, publicamos trabajos y obras, y contribuimos como nadie a difundir conocimientos y enseñar técnicas en España.

Para demostrar las condiciones de Turró como maestro recordaré mis primeros pasos por el Laboratorio Municipal de Barcelona, pues lo considero preferible, por ser cosa vivida, a entonar un canto puramente literario al maestro tan enemigo de estos alardes retóricos.

Había llegado a Barcelona unos meses antes para desempeñar el cargo de Inspector Provincial Pecuario siendo portador de un bagaje científico reflejado en uno de los primeros números de la organización, pero sin haber visto un animal enfermo ni apenas el microscopio, ni un cultivo, etc., etc., aunque era capaz de escribir noventa cuartillas de casi todas las enfermedades infecciosas y de otros conocimientos, sin libros ni apuntes.

Convencido de la necesidad de buscarles mayor solidez, y quién sabe si por sentir el deseo de saber, me inscribí en el curso anual de Turró, dándome cuenta desde el primer momento de haber tropezado con un maestro. Mi destino había cambiado. En aquel cursillo murió el funcionario y nació el aficionado a ver las cosas. La enseñanza oficial, literaria y pedantesca que entonces se daba en las Escuelas y que, indudablemente, ha mejorado, aunque mucho menos de lo que debiera, empezó a dejar sitio a la objetiva, a la real, a la verdadera. Por esto, si bien hijo de Castilla, científicamente me considero catalán. Turró en primer lugar, y el sucesor de la Dirección del Laboratorio de Barcelona, Pedro González, en los primeros años, fueron los responsables.

Las lecciones verbales de Turró, como sabéis muchos, eran cortitas, si se me permite la frase, pobres, al estilo clásico. Yo sabía mucha más literatura científica de cuestiones veterinarias que él y no sólo él no lo ignoraba, sino que dos o tres veces me obligó a ser profesor.

Sin embargo, aunque hablaba modesta y tímidamente, ¡qué sencillez y claridad en el decir! ¡Cómo hacía desfilas ante mí la ciencia nueva, oculta tras el fárrago de palabras! Al lado suyo y en el Laboratorio se consolidaban mis conocimientos, se iba manifestando el deseo

de informarme más amplia y sólidamente, de comprobar cosas, de descubrir algo.

Y es que Turró ponía en la enseñanza todo su amor, no ponía traba alguna, salvo la clásica de *no llevarnos el microscopio*; procuraba atraernos al buen camino sin coaccionar; colaboraba en la labor siempre que se le consultaba, con paternal cariño, y cuando, años después, los más versados por haber continuado trabajando, formábamos parte de la tertulia encantadora que a veces se celebraba en su despacho, la mayoría de las veces para tratar de los problemas de inmunidad, de los que él y González llevaban la voz cantante, y algunas también para murmurar un ratito, cosa que tampoco estaba mal, según él, mientras fuese un ratito, no podemos olvidar seguramente ni las enseñanzas recogidas ni el placer gozado.

Del cariño que Turró sentía por sus discípulos, aparte de lo conocido de Dalmau, y otros, también tengo pruebas. El me ayudó a ser pensionado en el extranjero, y su última firma fué para mi propuesta de ingreso en la Academia. Deseando jugarle una mala partida, en cierta ocasión, alguien solicitó mi nombre para una vacante en la Academia en contra del propuesto por Turró. Yo me negué, aun sin saber esto, porque no me interesaba mucho y no estar dispuesto a ingresar sin que Turró me propusiera. Tardó él en saber mi proceder, pero llegó un día en que se enteró, y al entrar en su despacho me dijo sonriente estas o parecidas palabras. "Ya sabía yo que todavía quedaban castellanos viejos. Cuando haya una plaza de veterinario en la Academia, usted (o tú) será mi candidato. Ya lo hubiese sido si no fuera de otra Sección". Y, en efecto, cumplió su palabra, aunque no pudo asistir al acto.

También quiero decir dos palabras de Turró veterinario, antes de terminar, y a pesar del tiempo que pueda restar a los demás que han de intervenir. Y esto no porque pretenda decir algo que otros no hayan dicho.

El Turró filósofo, biólogo, maestro, el polemista formidable, escritor acabado, un poco periodista y aun poeta en sus tiempos juveniles, era veterinario como sabéis y no precisa y solamente porque tuviese el título. Por cierto, que quiero referiros una anécdota del día del examen en Santiago. Se la oí contar a él y no recuerdo haberla leído en los trabajos de su biografía. En el examen de Anatomía le correspondió describir los huesos del pecho en el caballo, y ya tenemos a Turró enumerándolos, y, entre ellos, precisando dimensiones e inserciones, la clavícula. Terminada su corta charla, uno de los jueces, con toda amabilidad, se dirige al examinando y dice: "Bien, muy bien, señor Turró; sólo que el caballo no tiene clavícula".

Turró había estudiado medicina humana.

Si ser veterinario quisiera decir solamente ejercer la clínica o desempeñar cargo del Estado o municipio, no todos podríamos ostentar el título. Pero ¿es que ser histólogo, bacteriólogo, etc., escribir divulgando, el crear ciencia, no incumbe a la profesión? Menguado concepto tendríamos de ella si pretendiésemos ahogarla en campo médico, sanitario o zootécnico exclusivamente. Al contrario; tan amplia es, que caben en ella cuantos a biología se dediquen y es natural que los hombres de laboratorio por su información, preparación científica y relaciones culturales, pueden hacerla destacar como nadie. Y entre ellos, como primera figura, nuestro primer cerebro de todos los tiempos, como se llamó a Turró.

Para concluir. La obra y personalidad de Turró, por la variedad de matices, por galanura y claridad, por la insuficiencia misma de la base experimental con relación al desarrollo ulterior, lo que nos habla claramente de un cerebro excepcional y de una imaginación exuberante, por los atisbos geniales, por hablar también al corazón, revela su origen español, precisando más, de origen catalán, pues no falta ni laboriosidad ni originalidad; de hombre que vive junto al Mediterráneo, de un latino, del que no ve incompatibilidad en el cultivo de la ciencia y el amor al sol y a las flores.

No importa ahora, aunque el tema es interesante, el saber si es preferible una obra a título de hombre del Norte; esto es, tal como hubiese salido de un Turró alemán, limitada a una sola disciplina, muy especializada, con teorías complicadas, pero contribuyendo, sin duda, al progreso científico e industrial del país.

Si todo cuanto la tierra produce es conforme a sí misma, según el antiguo aforismo y con el que Turró debería estar conforme al decir que se muere cuando la tierra nos llama, la obra turroniana no podía ser hija de otra parte ni de otro hombre.

Honremos su memoria cultivando la ciencia y abriendo el corazón a los goces del espíritu, para llegar a ser o aproximarnos lo posible, como ideal que aunque irrealizable prácticamente como tal, sirva de faro, a lo que él fué: un hombre sabio y un hombre bueno.

Sesión conmemorativa celebrada en la Real Academia de Medicina

La sesión final de los actos celebrados con motivo de este homenaje tuvo efecto el día siguiente, 17 de diciembre, a las 7 de la tarde, en la Real Academia de Medicina, con gran asistencia de público, de ese público heterogéneo para el que Turró no sólo fué biólogo, sino filósofo y algo más.

Presidió la sesión el doctor don Federico Corominas, Presidente de la Real Academia, acompañado del coronel don Juan Pérez Bondía, en representación del excelentísimo señor Capitán General; don Manuel de Jaumar y de Bofarull, teniente de alcalde delegado de Higiene



Ante numerosa concurrencia, el doctor Corominas abre la sesión en la Real Academia de Medicina

y Sanidad, en representación del excelentísimo señor Alcalde de la ciudad; don Joaquín Martínez Borso, Jefe provincial de Sanidad; don José Séculi Brillas, Presidente del Colegio Oficial de Veterinarios, y otras representaciones de entidades y corporaciones científicas barcelonesas.

El doctor Corominas abrió la sesión con una brillante glosa de Turró y de su ingente labor digna merecedora del homenaje que se le dedicaba, homenaje al que se había sumado la Academia de su presidencia en recuerdo de quien había sido uno de sus más brillantes componentes.

Recordó que en sus comienzos, tuvo que vencer mucha dificultades en busca de la verdad a través de la biología y filosofía, encontrándose finalmente a sí mismo a la hora de su muerte, que fué cristiana, como no era menos de esperar en quien siempre tuvo afán en buscar esta verdad suprema por todos los caminos. Su vida, realmente un poco bohemia y azarosa, como la de otros tantos grandes hombres, vió premiado su esfuerzo y reconocidos sus méritos en los numerosos nombramientos, atenciones y homenajes que ya en vida recibió, siendo reconocido internacionalmente como una de las grandes figuras de la biología y de la filosofía. La Real Academia de Medicina se suma a este homenaje, que desea hacerlo también como suyo dedicado a este gran hombre, que glorió y sigue gloriando a esta noble entidad por la que tantas preeminentes figuras han pasado, algunas de las cuales han brillado como refulgentes estrellas en el cielo de la ciencia.

Acto seguido, hizo la presentación de los conferenciantes, que fueron leyendo sus trabajos por el orden en que van insertos a continuación.

Turró y el Laboratorio Municipal

Por el doctor don Remigio Dargallo Hernández

Director del Laboratorio Municipal de Barcelona

Turró fué nombrado director del Laboratorio Municipal en 1906. Pero ya formaba parte del mismo hacia 1892, es decir, desde unos cinco años después de su inauguración, en 1887, con la dirección de Jaime Ferrán.

Turró ingresó en el Laboratorio con un modesto cargo de auxiliar. Las peripecias por que pasó hasta llegar a la dirección del Laboratorio Municipal merecen ser referidas.

Toda su vida parece orientada hacia el Laboratorio Municipal, como si Turró hubiera nacido predestinado para dirigirlo.

Después de terminar el bachillerato en el Instituto de Gerona, guiado y protegido por dos de sus hermanos mayores, Benito y Salvador, que estudiaban en el Seminario de aquella ciudad, Turró pasó a Barcelona e inició sus estudios de Medicina, en el curso de 1871 a 1872, en la vieja Facultad de la calle del Carmen.

Esponáneamente eligió la carrera de médico. Al finalizar el bachillerato se había despertado en él la afición a la biología y experimentaba o practicaba, a su manera, vivisecciones en animales, que luego ocultaba y se le pudrían, y su familia le obligaba a enterrarlos.

Fué aprobando cursos (solamente aprobando, nunca fué un alumno brillante) hasta el curso de 1873 a 1874. Y al llegar aquí, cuando sólo le faltaban dos asignaturas para terminar la carrera, la Patología quirúrgica y la Patología médica, interrumpe sus estudios, se va a Madrid, se hace periodista entrando a formar parte del viejo diario *El Progreso*, que dirigía Comenge, y publica su primer libro titulado *Composiciones literarias*, colección de poemas y artículos en prosa, escritos entre 1874 y 1877, que ve la luz en Barcelona en 1878 con el pie de la imprenta "La Renaixensa".

El libro no satisfizo ni al propio Turró. Seguramente se dijo: "No vas bien". Y vuelve a la Medicina, publicando una memoria notabilísima para su tiempo sobre *Mecanismo de la circulación arterial y capilar*. Esta memoria apareció primero en artículos en los periódicos

Independencia Médica y Revista de Medicina y Cirugía, del doctor Ulecia, y luego en Barcelona, en 1881, en forma de libro, siendo traducida en seguida al francés y publicada en París, en 1883. La novedad era que Turró asignaba a los vasos un papel activo en la circulación, contra las teorías reinantes que señalaban como el único elemento motor de la sangre al corazón.

La memoria tuvo resonancia en Barcelona y en París, pero despertó poco interés en Madrid, donde entonces prevalecía una Medicina verbalista y subjetivista, el reverso de la experimental de Claudio Bernard, que seguía Turró. Letamendi era la figura señera de la Medicina, y Letamendi fulminaba contra aquella Medicina experimental, de la cual lo menos que decía era que “le faltaba hombre y le sobraba rana”.

El ambiente no podía ser más a propósito para que estallara el disconformismo de Turró, siempre dispuesto a ello.

Y en las páginas de *El Siglo Médico*, arremetió contra las ideas letamendistas en dos artículos que produjeron estupor en los cenáculos madrileños. Firmaba “R. Turró”, y como nadie conocía a “R. Turró”, se creyó que esta firma era un seudónimo, tras el cual se ocultaba una personalidad de categoría que por algún motivo evitaba manifestarse. El mismo Letamendi era de esta opinión y de él decía despectivamente: “el crítico de cuyo nombre no quiero acordarme”.

Herido en su amor propio, quería Turró salir a poner en su punto las cosas, pero el doctor Méndez Alvaro, suegro del doctor Puigcerver, propietario de *El Siglo Médico*, le convenció para que desistiera: “Deja que crean lo que quieran —le dijo—; el misterio hace más interesantes tus artículos, y en fin de cuentas no se equivocan al pensar que la firma “R. Turró” pertenece a una personalidad de primer orden”.

En Barcelona, los doctores Giné y Partagás y Rodríguez Méndez solicitaron de Turró y publicaron un resumen de aquella memoria; el decano de la Facultad de Medicina, doctor Rull, hizo su elogio, y el doctor Jaime Pi Suñer defendió la flamante doctrina de Turró, de la participación activa de los vasos en la circulación de la sangre, con ocasión de las oposiciones que le valieron la cátedra de Patología general de la Facultad de Barcelona.

Con la cátedra ganada, vuelve Jaime Pi Suñer a Barcelona y se trae consigo a Turró, que llevaba en Madrid vida bohemia de periodista, y ya en Barcelona le hace nombrar ayudante de trabajos prácticos, junto con el doctor Carulla, el que más adelante había de llegar a ser rector de la Universidad de Barcelona y al marquesado.

Hacia 1885, Turró comienza a ocuparse de bacteriología, y con el veterinario don Francisco Darder, que andando el tiempo había de serlo, y durante muchos años, de la Colección zoológica del Parque de

Barcelona, instala un laboratorio particular en la calle de Guardia o de Lancáster.

Por su parte, Jaime Pi Suñer consigue del Decanato de la Facultad que se transforme en laboratorio un reducido cuarto que servía para guardar trastos viejos, una especie de palomar, situado en el terrado de la vieja Facultad de la calle del Carmen.

Este laboratorio se consideró anexo a la cátedra de Patología general, y su principal objeto, como el particular de la calle de Lancáster, fué el examen bacteriológico en sus aplicaciones clínicas. Con el descubrimiento por R. Koch del bacilo de la tuberculosis, llegó a hacerse popular el laboratorio de la vieja Facultad de Medicina, pues al mismo solían enviarse los esputos de muchos pacientes sospechosos de tuberculosis para asegurar el diagnóstico. Turró logró con estos análisis algunos ingresos, que buena falta le hacían.

En el laboratorio de la Facultad, Turró comenzó a investigar con Jaime Pi Suñer sobre bacteriología e inmunidad, que los estudios de Pasteur estaban creando a la sazón. Del puro examen microscópico, Turró pasó a estudiar las propiedades biológicas de las bacterias, aprendió a hacer cultivos y perfeccionó e inventó métodos.

Barcelona era entonces un centro bastante importante de estudios bacteriológicos, pues coincidían en ella, además de Turró, Ferrán, ya acreditado como bacteriólogo, y Cajal, recién llegado de su cátedra de Valencia, que tuvo veleidades bacteriológicas antes de orientarse con exclusividad hacia la histología.

En el discurso de ingreso a la Real Academia de Medicina y Cirugía, en 1892, Turró habló ya, no sólo de bacteriología, sino de inmunidad, con criterio amplio y considerando toda la complejidad de sus problemas.

Convencido de la valía de Turró, Jaime Pi Suñer le instaba para que terminara sus estudios de Medicina, presentándose a examen de las dos asignaturas que le faltaban. "Turró —le decía— mereces ser mucho más que ayudante de trabajos prácticos". Por fin, en el curso de 1889 a 1890, se examina de Patología quirúrgica con el doctor Giné y Partagás, obteniendo una buena calificación. Pero, sin que sepamos por qué, deja de presentarse a Patología médica y queda abandonada para siempre su carrera de Medicina.

A todo esto, los doctores Robert y Mascaró, amigos íntimos del doctor Jaime Pi Suñer, y entonces concejales del Ayuntamiento, tenían el proyecto de crear el Cuerpo Médico Municipal, y habían pensado en Turró, pues dados sus conocimientos y su preparación técnica, podría desempeñar brillantemente la dirección del Cuerpo.

Pero ¡ay! Turró no era médico, ni quería oír hablar de terminar la carrera de Medicina. Por lo visto había cobrado especial antipatía a los estudios médicos oficiales.

Entonces su amigo Francisco Darder logró inclinar a Turró a que se hiciera veterinario. Y entre Darder y Alarcón, catedrático éste, director de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Galicia, le facilitan de tal manera los trámites oficiales, que en dos convocatorias y en tres meses obtuvo Turró el título de Profesor veterinario.

Aún hubo que luchar con él para decidirle. Como última excusa daba la de que con su modesto atuendo, no iba a poder resistir el riguroso clima de Santiago. Pero Jaime Pi Suñer le rebatió el argumento regalándole una buena camiseta de lana y metiéndole en el tren.

Cuando Turró regresó a Barcelona con su título de veterinario, se había esfumado la oportunidad de obtener la dirección del Cuerpo Médico Municipal. Mientras Turró se examinaba en Santiago, había caído el Ayuntamiento del doctor Robert y en su lugar estaba el de don Manuel Planas y Casals. Sólo pudo lograrse para Turró una plaza de veterinario municipal.

El nuevo consistorio decidió crear entonces el Laboratorio Microbiológico Municipal. Se aprobó el dictamen en 1886 y en menos de un año fué edificado, habilitado y puesto en funcionamiento. La dirección se le dió a Jaime Ferrán.

Turró ingresó en el Laboratorio hacia 1892, con un modesto cargo de auxiliar, tan modesto que el sueldo era de quince duros, tres pesetas y cuatro cuartos.

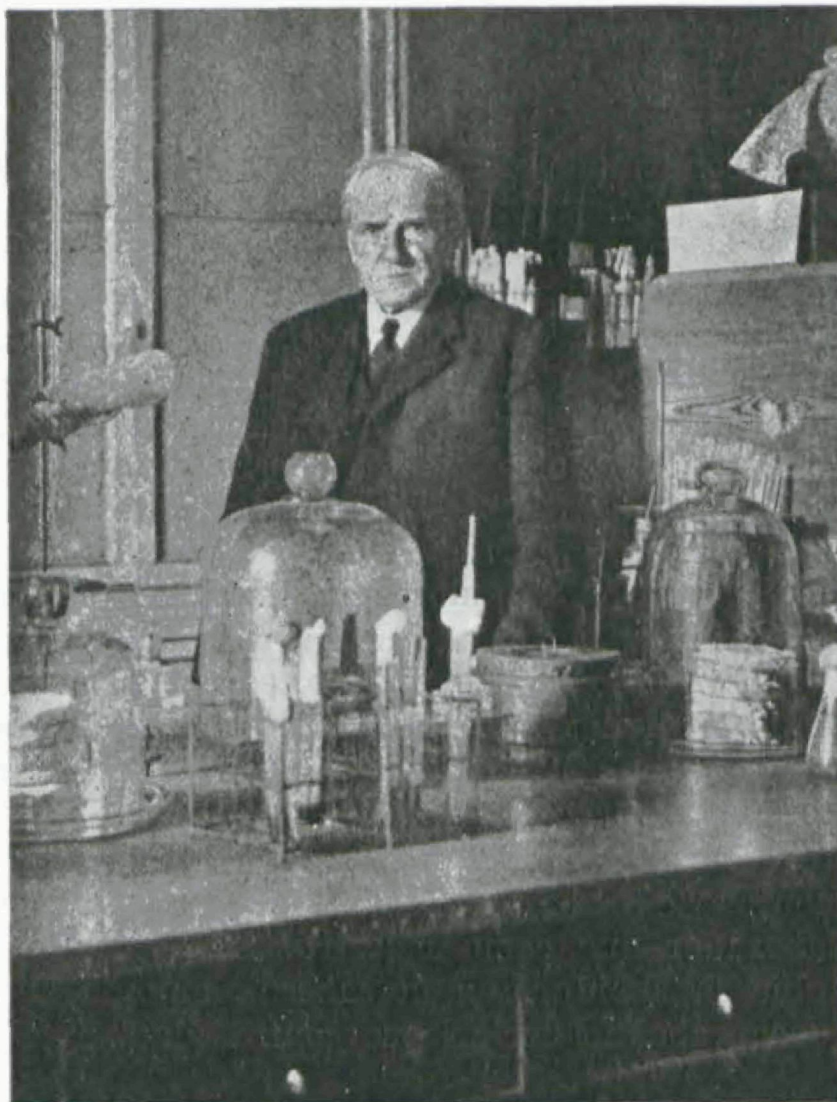
Pensaba él que su entrada en el Laboratorio Microbiológico iba a permitirle proseguir con mayor amplitud sus trabajos de investigación. Pero se equivocaba. Con el temperamento de Turró y su manera objetiva de valorar los hechos científicos, Turró y Ferrán chocaron en seguida y pronto se hizo imposible la convivencia entre ambos.

Turró se refugiaba en el reducido Laboratorio de la vieja Facultad y continuaba con sus análisis clínicos, y especialmente la investigación del bacilo de Koch. Iba viviendo con menos agobios, y aun podía adquirir libros y material. Seguía estudiando y hacía descubrimientos. De esta época y de aquel modestísimo cuarto trastero proceden algunos trabajos de Turró, como el cultivo del gonococo en medios ácidos, el cultivo del neumococo en medio fuertemente glucosado y el cultivo de los anaerobios en tubos especiales conocidos aún hoy con su nombre.

El antagonismo con Ferrán llegó a tal punto que Turró se vió privado de asistir al Laboratorio Municipal. Fué la época más amarga de su vida.

Pudo hallarse, por fin, una solución, separando los campos de acción de Turró y de Ferrán, mediante la creación de la Sección Ur-

bana, instalada primero en San Felipe Neri, y después, en 1901, en un pabellón anexo al Laboratorio del Parque, tomando Turró con el doctor Calvet la dirección del Instituto de reconocimiento de sustancias alimenticias.



El doctor Turró en el Laboratorio Municipal de Barcelona

Por este tiempo, el doctor Fargas, que era presidente de la Academia de Ciencias Médicas, de la calle de la Puertaferriosa, encargó a Turró la organización de un laboratorio de bacteriología, en el local de la Academia, con miras a la enseñanza de sus aplicaciones clínicas.

A poco, falleció el doctor Jaime Pi Suñer y desapareció el laboratorio de la Facultad. A Turró le quedó, por fortuna, el laboratorio de la Academia de Ciencias Médicas, y en él se inició en su labor docente. De allí salieron sus primeros y aventajados discípulos, Moragas, Oliver Rodés, Lleó y Morera, Tarruella, Proubasta.

En 1905 apareció en Barcelona una rara epidemia que los médicos no acababan de diagnosticar. Se sospechaba fuera la peste bubónica. Como el doctor Ferrán estaba en París, suspenso de empleo y sueldo, Turró recibió del Ayuntamiento el encargo de estudiar la enfermedad, junto con el Cuerpo Médico Municipal, y tomar las medidas higiénicas pertinentes. Turró procedió personalmente a la autopsia de uno de los casos y se llevó al Laboratorio Municipal porciones de diferentes vísceras.

La peste fué confirmada a su debido tiempo, pero ya en seguida, al acentuarse las sospechas, fueron tomadas rápidamente y con gran sigilo todas las medidas oportunas, y pudo evitarse la alarma ciudadana y que se cerrase el puerto declarándolo *sucio*, cuando precisamente se esperaba la visita de una gran escuadra británica. La peste duró hasta abril de 1906.

En este año, tras apasionadas discusiones en el Ayuntamiento, Turró fué, por fin, nombrado director del Laboratorio Municipal, en sustitución de Ferrán. Una vez en el Laboratorio, Turró continuó y amplió sus enseñanzas, comenzadas en el laboratorio de la Academia de Ciencias Médicas, manifestándose excelente y sabio maestro.

En aquellos tiempos, las prácticas de bacteriología y de fisiología, y en general, todo trabajo de laboratorio, se realizaba deficientemente en la Facultad de Medicina, y hacia el Laboratorio Municipal y hacia la persona de Turró se dirigían los estudiantes que tenían afán de hechos concretos, de saber objetivo.

Turró les acogía paternalmente, con cordialidad y sencillez, les facilitaba elementos de trabajo, orientación y consejos, y les ayudaba más como colaborador que como maestro. Sólo cuando a algún discípulo se le subía la sabiduría a la cabeza, imponía su autoridad, y aun entonces procuraba no herir la susceptibilidad, ni el amor propio del discípulo.

Con Turró trabajaron en seguida Augusto Pi Suñer, Pedro González, que había de sucederle en la dirección del Laboratorio veinte años más tarde, Jaime Comas, José Alomar, Leandro Cervera.

El trabajo de cada día terminaba con una amigable tertulia, en que se charlaba, comentaba y discutía, a ratos en serio, a ratos en broma, de todo lo divino y lo humano, ciencia, arte, sucesos, noticias de última hora, política, religión, filosofía. Turró era un gran conversador y solía situarse en el escaño de la oposición, cosa muy en consonancia con su temperamento y para estimular la dialéctica de los interlocutores. Por su parte, sabían también los estudiantes sacar de sus casillas al maestro poniendo a discusión cuestiones, como el subjetivismo o el germanismo, en el terreno filosófico o en el científico.

Las opiniones de unos, las salidas de otros, el léxico y las ocurrencias de Turró, solían celebrarse con alegres carcajadas, mas sin que por ello se perdiera el mutuo respeto y afecto. De aquellas animadas tertulias salían luego, burla burlando, muchos trabajos de bacteriología, de fisiología, artículos, conferencias, cursos, como el memorable de Filosofía Crítica, la creación de la Sociedad de Biología.

Organizados por esta Sociedad de Biología, dieron cursos o conferencias en el Laboratorio Municipal, en la Facultad de Medicina o en otras instituciones científicas barcelonesas, personalidades como Abelardo Gallego, que precisamente inició la serie, Gregorio Marañón, José Gómez Ocaña, Pío del Río Hortega, José R. Carracido, Celso Arévalo, Carlos Calleja, el profesor E. Gley, el profesor H. Vincent, etc.

De los discípulos, que fueron muchos, recordaré, además de los ya citados, a Cayetano López, Manuel Dalmau, F. Durán Reynals, Pedro Domingo, J. Vidal Munné...

El Laboratorio Municipal fué en tiempos de Turró la suprema institución ciudadana responsable de la Sanidad, con la que se contaba siempre y se tenía en mucho, aun en las ocasiones en que debía intervenir la Sanidad Nacional. Conjuntamente con ella, dirigiéndola el doctor Murillo, intervino el Laboratorio Municipal, en 1911, en el esclarecimiento de la epidemia de cólera de Vendrell.

Cuando, en 1914, se declaró en Barcelona la violenta epidemia de fiebre tifoidea, que tantas víctimas causó, Turró y el Laboratorio Municipal tomaron a su cargo la máxima responsabilidad de la defensa sanitaria. El prestigio de Turró y del Laboratorio Municipal se acrecentó, pero antes hubieron de sufrir uno y otro los ataques de una dura campaña de difamación.

Turró acusaba de la epidemia a las aguas de Moncada y del acueducto del Vallés. Esto perjudicaba unos intereses particulares que reaccionaron violentamente, mientras pudieron, dirigiéndose en comisiones a las autoridades para que se desoyera a Turró. La primera autoridad del Ayuntamiento dudaba, pero entretanto la epidemia producía centenares de víctimas. Al fin se dejó obrar a Turró, cerrando primero las fuentes públicas de agua de Moncada y luego también las conducciones correspondientes al servicio domiciliario. Y la epidemia cedió teatralmente.

De las amarguras que hubo de sufrir Turró nos quedan los testimonios de su artículo en *La Publicidad* del 11 de diciembre, titulado "En defensa propia" y la conferencia sobre *Epidemias y endemias tíficas*, que pronunció en la inauguración de la Academia del Cuerpo Médico Municipal, en 1917, cuando ya habían amainado las pasiones políticas. En esta conferencia relata Turró el calvario que tuvo que pasar hasta imponer su criterio.

Aun en vida de Turró, desde 1919 a 1925, se dieron en Barcelona varios pequeños brotes de peste que rápidamente dominó el Laboratorio Municipal.

Otra epidemia cruel, que hizo presa en Barcelona, fué la gripe de 1918 a 1919. Costó la vida al doctor Manuel Dalmau, discípulo predilecto de Turró y una de las más sólidas esperanzas entre nosotros. Turró, que estimaba entrañablemente a todos sus discípulos, quería con preferencia a Dalmau y esperaba le sucedería en el cargo. Cuando le comunicaron la triste noticia de su muerte, a Turró se le saltaron las lágrimas y no podía consolarse.

A fines de 1922, el día 14 de diciembre exactamente, la Sociedad de Biología de Barcelona, para celebrar el 10.º aniversario de su constitución, dedicó a Turró un solemne homenaje, en el que se le ofreció una placa de oro, costada por suscripción entre médicos y veterinarios, con su busto en relieve y una sentida dedicatoria. Por su parte, el Ayuntamiento acordó, en homenaje a Turró, no jubilarle al llegar a la edad reglamentaria. Tenía entonces 68 años. Este acto fué como la gloriosa apoteosis del maestro.

A poco, la salud de Turró empezó a declinar. La bronquitis y el enfisema, la arterioesclerosis y sobre todo su antigua diabetes, le iban abatiendo. Turró se defendía de sus achaques sometiéndose a curas rigurosas de *dieta famis* y haciendo escapadas a su pequeño retiro de Sant Faust de Capcentellas, una modesta casita con diez palmos cuadrados de viña, que poseía en este pueblecito del Vallés, perdido entre verdura.

En Sant Faust hacía sus *descansos*, que consistían, así que se ponía un poco, en *cansarse* de escribir sobre sus queridos problemas filosóficos. Sus distracciones consistían en irse a pasear a la cercana viña, acompañado de su vieja perrita, la *Viola*, y en conversar llanamente con los payeses del pueblo que le distinguían llamándole *el señor*.

Por este retiro de Sant Faust desfilaron grandes personalidades de la biología, la fisiología y la literatura. Unamuno, con el que mantenía correspondencia, le conoció personalmente, yendo a visitarle a Sant Faust.

En 1926, empeoró. Una claudicación intermitente por arterioesclerosis, iniciada dos años antes, había ido agravándose con distrofias del pie, y ya no podía salir de su entresuelo de la calle del Notariado.

Como, aparte de la imposibilidad de desplazarse, Turró no se sentía deprimido y su cabeza conservaba toda su lucidez, allí iban todos los días a platicar y discutir con él sus muchos amigos y discípulos. La enfermedad fué minándole. Aun para defenderse se dejó amputar la pierna.

Murió el 5 de junio de 1926.

Toda la vida de Turró parece ligada o predestinada al Laboratorio Municipal. Se encargó de su dirección cuando tenía 52 años, pero por lo menos ya durante los diez y seis años anteriores (a poco de ser nombrado veterinario municipal, y a pesar de las disensiones con Ferrán), formó parte del Laboratorio Municipal.

El Laboratorio Municipal es lo mejor de la vida y de la obra de Turró. Y también para el Laboratorio Municipal ha sido la época de Turró su mejor época. Turró infundió al Laboratorio Municipal un alma que no tenía, y puede decirse que desde el Laboratorio Municipal realizó toda la obra que le ha llevado a la fama, tanto biológica, como filosófica, como en interés y defensa de la salud ciudadana.

El profesor Turró, académico y algo más

Por el doctor don Angel Sabatés Malla

Veterinario Miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona

La gloriosa estampa del biólogo de la Filosofía y filósofo de la Biología, el eximio don Ramón Turró Darder, cuyo centenario se recuerda ahora, no ha podido sustraerse en su óbito, al lastre de las reminiscencias proyectadas sobre el punto de origen de algunas grandes figuras que fueron en el mundo de la inteligencia y del ingenio al discutirse el lugar de su advenimiento. Cuando casi todos sus biógrafos, sitúan en la villa de Malgrat el sitio donde el sabio vió la luz primera de la vida, el doctor Leandro Cervera, su amado panegirista, afirmó primeramente que nació, si bien accidentalmente, en la ciudad de Gerona el día 8 de diciembre de 1854, y fué cristianizado en la iglesia del Mercadal; pasando pocos días después a ser amamantado por pechos mercenarios en la dicha villa de Malgrat donde radicaba su familia, y de aquí el equívoco sobre su auténtico lugar de origen. Posteriores investigaciones movieron al propio doctor Cervera a rectificar su anterior afirmación, precisando que Turró nació en Malgrat. Esta es pues, su verdadera villa natal. En ella pasó la infancia para, en su adolescencia, seguir unos cursos de latín en las Escuelas Pías de Callella y graduarse bachiller a los 15 años en el Instituto de Gerona; pasando a Barcelona con el propósito de cursar la carrera de Medicina en esta noble Casa donde se situaba entonces la Facultad; aprobando con éxito casi todas las asignaturas hasta llegar a la de Patología médica, donde se hizo patente su carácter libre y tenaz al renunciar la continuación de los estudios por discrepancias con los métodos didácticos y doctrinas de aquella disciplina concretamente, cosa que bastó para truncar irreductiblemente la licenciatura de por siempre a pesar de los consejos y admoniciones del ilustre doctor don Jaime Pi y Suñer, su protector y a quien el joven Turró idolatraba. Esta fué una de las primeras manifestaciones de la irreductibilidad de su carácter cuando reflexivamente se sentía poseído de la razón o creía defender la justicia de una causa científica o social.

Circunstancias varias que no cabrían en este deshilvanado relato, todas ellas derivadas de su temperamento inquieto, saturado de ideas

originales en estado de agraz, hicieron que el médico frustrado estudiase filosofía con algún pinito de literatura poética y se trasladara a Madrid ejerciendo el periodismo polemista y aun agresivo con la razón y la ética en la pluma, en cuyo ejercicio disparó contra todo lo que, según su criterio, consideraba absurdo o impropio, fuere de quien fuere y vinieré de donde viniera. Hasta que acuciado por el cansancio de los

Torro y Dardé *A los nueve dias del mes de Diciembre de mil ochocientos*
Ramon, Francis *los cincuenta y cuatro, yo el infrascripto Vicario de esta Iglesia*
Pedro *Parroquial de San Nicolás de la Villa de Malgrat Obispado*



De Gerona y Provincia de Barcelona bautize en la Pila bautismal
de la misma á un Niño nacido el día antes al que se le impusieron
los nombres de Ramon, Francis, Pedro, hijo legitimo de los
Converte Benito Torro de esta y Maria Ex^{ta} Dardé de Bosa.
Abuelos paternos Juan Torro y Catalina Luri conde de esta
Abuelos maternos Juan Dardé y Madrona Torro de Bosa.
Fueron Padrinos Juan Pujals, y Clara Torro ambos de Bosa.

V. Bartolomé Codinach Pbro Vicario

Reproducción de la partida de bautismo de don Ramón Turró, que se conserva en el archivo parroquial de la iglesia de San Nicolás, de Malgrat

desengaños, su espíritu bohemio y la llamada de su mentor, el citado doctor Pi y Suñer, ya catedrático titular de Patología general de esta Facultad, decidieron su retorno a Barcelona para alternar con una nueva faceta de su pródigo intelecto, haciéndose financiero con fortuna inicial y fracaso consecutivo, buen consejero, este último, para hacerle desistir de tan peligrosa senda y adentrarle al verdadero am-

biente favorable a la germinación y vitalidad de la simiente biológica en incubación que saturaba su cerebro. Y siempre con la férula amorosa del doctor Pi y Suñer, quien le designó en calidad de auxiliar práctico, y algunos escarceos por el Laboratorio Municipal, se abocó el investigador a sus tareas tesoneras, a las búsquedas inmunitarias que no tardaron en manifestarse en literatura científica plena de elegancia y materia nueva, motivando las discusiones y polémicas propias de toda extraña afirmación y escuela.

Pero, el catecúmeno en ciencia polémica abierta al mundial criterio científico carecía de un título oficial que no sólo respaldara sus elucubraciones retadoras sino que, también le abriera las puertas de una titular facultativa en materia biológica, la cual, con la categoría social adjunta, subviniera a sus necesidades personales; problemas económicos que en principio resolvía bien gracias y oportunamente al favor de la clase médica que le proporcionaba trabajos de análisis clínico-bacteriológicos de esputos sospechosos de tuberculosis al estar en auge entonces las doctrinas de Pasteur y ser pocos aún los profesionales dedicados al laboratorio.

Mas, reacio él a la reanudación de la interrumpida carrera médica casi culminada, y fiel a su retirada por los motivos aun subsistentes en la asignatura causal, hubo de inclinarse a los consejos de su muy amigo el famoso veterinario, don Francisco Darder Llimona, Director del Parque Zoológico, para que cursara la Medicina Veterinaria ya que no la humana, cuyo título obtuvo en dos convocatorias de examen contraídas en tres meses, en la Escuela Veterinaria de Santiago de Compostela con gran brillantez, por la fácil adaptación que supo hacer de los conocimientos temáticos con los anteriores estudios universitarios; pero siempre con el propósito de no dedicarse al libre ejercicio de la carrera fuera del laboratorio. Aunque en contradicción a este propósito, cita el doctor Cervera por vía de anécdota, el caso de que, requerido en cierta ocasión por el señor Darder para que le ayudara en una operación quirúrgica consistente en abrir un absceso purulento formado en el maxilar de un cachorro de león, accedió con ciertos reparos a la intervención, para lo cual, sujeta la fierecilla por dos expertos ayudantes del Zoo y puesta a punto la región por el señor Darder, éste, que había provisto al novato cirujano del correspondiente bisturí, dió orden de actuar, cumplida con tanta rapidez y en un solo tiempo, que la víctima, poco paciente, al dolor de la herida, hizo un movimiento brusco que llenó de pánico al neófito sin otras consecuencias que su huida y promesa de no reincidir jamás. Efectivamente, fué la única nota clínica en su casuística profesional.

Sin embargo, nunca renunció al orgullo de llamarse veterinario, con cuyo título hubo de cubrir la oficialidad de sus labores investiga-

doras y pudo ocupar el cargo municipal en el Laboratorio Microbiológico, del cual salió por incompatibilidades internas para entrar en seguida por la puerta grande a la Academia de Ciencias Médicas que presidía el ilustre doctor Fargas, quién le encargó la creación de un laboratorio de bacteriología, para enseñanza de técnicas microbianas, al tiempo que el Ayuntamiento le concedía la jefatura de un departamento oficial como Instituto para el reconocimiento sanitario de sustancias alimenticias en colaboración con el doctor Calvet; hasta que en 1914, fué nombrado definitivamente Director del Laboratorio Microbiológico Municipal, de cuya gestión y peripecias se ha ocupado en esta sesión el doctor Dargallo, más impuesto y por tanto con más autoridad que quien os está hablando. Sólo añadiré, que quienes tuvimos la suerte de ser alumnos suyos en los cursillos que regentaba, y de los que salieron tantas hijuelas (Augusto Pi y Suñer, Pedro González, Cayetano López, etc.), sabemos la manera sencilla y eficaz con qué inculcaba sus métodos de enseñanza práctica y libre —con la sola restricción de respetar el instrumental y no *empeñarse* el microscopio— método que filtraba en el alumno suave y provechosamente por la claridad de expresión y por las prácticas de laboratorio autónomas y espontáneas bajo el repaso paternal del profesor, quién, en las pocas ocasiones de motivadas repulsas, las convertía en auténticas lecciones de cosas rociadas de ciencia. Conversador ameno e incansable, sus palabras constituían una sesión pedagógica de imágenes gratamente oídas y aprovechadas.

En 1904 y 1912 ocupó la presidencia del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona, con plausible acierto y general asenso, por los actos instructivos que durante su activo período presidencial fueron desarrollados.

Más tarde, por el año 1914-15, en la Academia del Cuerpo Médico Municipal —obra de su asesoría con los concejales doctores Robert y Mascaró—, disertó sobre problemas sanitarios, y de ellos, un trascendental discurso de inauguración de curso, relativo a *Epidemias y endemias tíficas*, con experiencias del azote que sufrió la ciudad en aquella época.

En octubre de 1917 tuvo, también, a su cargo el discurso inaugural de la magna IV Asamblea Nacional Veterinaria celebrada en esta ciudad durante los días 21 al 28, bajo el regio Patronato de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, (q. e. g. e.), y con asistencia de representaciones oficiales de los Ministros de Fomento, Instrucción Pública y Guerra, y la presencia personal de su Eminencia Iltrma. el Sr. Arzobispo de Tarragona, don Antolín López Peláez, a quien los veterinarios hemos de guardar eterna recordación y gratitud por la lección que dedicó a la clase en memorable acto de aquella Asamblea.

De buena gana, señores académicos y oyentes, vertería sobre vuestra benévola atención para recreo del espíritu, todo el contenido de la pieza oratoria presidencial construída con aquella frase brillante y plástica de sustancia, y así seríais los críticos doctos de sus bellezas y profecías; pero la abundancia y el abuso de las mejores cosas rebasan el tiempo y consumen la paciencia. Mas, recabo vuestra tolerancia para permitirme ofreceros un ligero muestrario de conceptos magistrales que son un canto dedicado a los derechos de una Ciencia, de la cual, Turró se proclamaba factor mínimo entre todos. No os pesará.

Habla el Presidente de la Asamblea: "Difícilmente se va abriendo camino en la peña de tanto prejuicio y tanta preocupación, el trabajo de regeneración que venimos realizando en el silencio y en la oscuridad, ambiente propicio a la práctica de las grandes virtudes. Mas, aun cuando sentimos el desvío con qué se nos mira, nos colma de satisfacción el hecho de que ya se apuntan en nuestro país quienes reconozcan que la Veterinaria es un factor esencialísimo para la regeneración del patrimonio nacional, un factor indispensable para la vida de la nación".

¿Quieren, señores, una más profética afirmación, que recientemente ha confirmado el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco? La Albeitería de ayer, arrinconada por la palabra mágica de Turró, ha sido convertida de Escuela a Facultad, lográndose una de las conclusiones de aquella memorable Asamblea Nacional, junto con el generalato.

Sigue el maestro: "El problema de la Veterinaria en España es un problema vital y de urgencia; es, también, un problema de patria. La vida de un pueblo depende, como la vida de una familia, de su patrimonio, y el patrimonio verdadero de España no he de deciros dónde está: en su suelo, en el aire que crea su vegetación, en el sol que la fecunda. Y si esto es así, yo pregunto —habla Turró— ¿concebís una agricultura próspera sin la cría y la recría de abundante ganado? Y ¿quién ha de dirigir y fomentar esa cría y esa recría; quién ha de garantizar su conservación en los tiempos que corremos, más que la ciencia veterinaria? Dijo un prócer (el Vizconde de Eza) con palabra lapidaria: "Sin riqueza no hay patria; sin agricultura no hay riqueza; sin ganadería no hay agricultura, y sin Veterinaria no hay ganadería". Así que el afán de la Veterinaria es un afán de Patria".

"Con manumitirnos del vergonzoso pecado de Albeitería y adquirir las aptitudes científicas suficientes para el mejoramiento de la hacienda pecuaria y prestar a la higiene pública los incalculables servicios que la Veterinaria moderna presta en las naciones progresivas, no habríamos conseguido gran cosa si no nos esforzáramos en cambiar

radicalmente la opinión que en nuestro país se tiene de la Veterinaria sin distinción de clases, salvando siempre honrosísimas excepciones”.

¿Qué os parece, señores académicos? ¿No es irritante que a un hombre que se expresa así, haya podido existir otro hombre de innegable talento, escritor y filósofo por más señas, que para zaherirle sin más motivo y rebajarle, llamárale *simple albéitar*? ¿Lo que puede la pasión vengativa, o la competencia ideológica...! o lo que sea, aun en los cerebros mejor dotados cuando se hallan en el caso de ignorar, como en el de marras, que fué un *simple* pero ilustrado albéitar zamorano (don Francisco de la Reina) muy predecesor de los célebres médi-



El doctor don Angel Sabatés, en el curso de su disertación

cos Servet y Harvey, quien en el año 1552, describió por primera vez a su manera el concepto del mecanismo de la circulación de la sangre en el organismo animal, y que fué un veterinario (Turró) quien ha dicho la última palabra sobre la fisiología activa de los vasos contráctiles...

Pero sigamos con el mentor, quien añade: “No he de recordar que la conservación del capital pecuario por las prácticas sanitarias y las aplicaciones de la bacteriología, es sólo uno de los sectores de la Medicina veterinaria, que con ser de gran valía, no reviste mayor impor-

tancia, sin embargo, que esa fuente copiosa de riqueza que conocemos con el nombre genérico de zootecnia”.

“Si la higiene veterinaria que tanto estulto confunde con la higiene humana, trata de evitar los riesgos eventuales que corre el capital pecuario, la zootecnia trata de crearlo según planes metódicos sabiamente inducidos de una investigación rigurosamente científica. En realidad, ésta es la verdadera ciencia del veterinario; con ella se creó una nueva profesión y con ella se dignificó. Pero, la selección, cría y recría del ganado para su alimentación, no existió en los tiempos de la antigua Albeitería más que un vago y ciego empirismo perpetuado por una tradición más o menos sana o viciosa, según las comarcas; pero el día que las reglas pudieron transformarse en leyes, el día que los problemas zootécnicos pudieron formularse con la misma estabilidad y fijeza con que se formulan los problemas mecánicos, el veterinario cambió de profesión. A partir de este momento la Albeitería muere y nace la Ciencia veterinaria, como el día en que Lavoissier estatuyó la balanza como el medio de valorar las transformaciones de la materia, muere la Alquimia y nace la Química. Es un método nuevo, una nueva visión de los hechos, otra manera de comprenderlos y estudiarlos, lo que crea la Ciencia veterinaria”.

Y tanto es así, afirmamos por nuestra parte, que la intuición del sabio la tenemos fuertemente vinculada actualmente, en la Sociedad Internacional Veterinaria de Zootecnia, cuya sede radica en España. Así se han ido cumpliendo las profecías del maestro.

Y a propósito de la creación por entonces del Cuerpo de Inspectores pecuarios, obra de otro maestro, el ilustre veterinario, don Dalmacio García e Izcara, reclama Turró una ampliación de medios para perfeccionar aquellos servicios de los nuevos funcionarios para que no se malograsen por falta de medios.

En este párrafo, don Ramón, habla por experiencia que él no se aplica, pero lo hacemos nosotros. Sus primeros escarceos bacteriológicos nacieron en las vasijas y el fogón de una cocina doméstica para proseguirlos en la azotea de esta noble Casa que ahora nos cobija, para, en ruta ascendente, llegar a constituir a su alrededor una pléyade de figuras cumbre en el terreno de la investigación biológica (los Augusto Pi y Suñer, Pedro González, Jesús M.^a Bellido, Cayetano López, Leandro Cervera, Alomar, Nubiola, Baltá, Sayé, Domingo, Dalmau, Durán Reinal, y tantos otros) que asimilando sus enseñanzas alcanzaron, incluso, algunos de ellos a cooperar en la incesante labor de descubrimientos del profesor. Tanto es así, que modestamente él mismo lo confiesa en un acto que más adelante reseñaremos, al decir: “Muchas de las cosas que se me atribuyen no son mías, pues en los trabajos científicos es muy difícil decir dónde comienza la obra intelectual de uno

y dónde acaba la de los otros. Debo a mis antiguos alumnos y a colaboradores, muchos de los cuales no conozco personalmente, un gran bagaje intelectual y científico, y por esto me complazco en hacerlo constar para poner de relieve que por encima de pequeñas rencillas y pasiones, hay la gran comunidad de la ciencia para la cual no hay barreras ni fronteras de ninguna clase”.

Conceptos, estos, merecedores de figurar grabados en el frontispicio del Laboratorio Microbiológico Universal, si un día llegara a crearse.

Pero, siguiendo el curso discursivo de la Asamblea, no se limita a señalar el mal inveterado; propone el remedio reparador, que en el presente, bajo el signo del nuevo Estado regido por el hombre providencial que Dios ha deparado a España, ha sido tenido en cuenta en todas sus dimensiones y efectos.

Y para terminar su magnífica y succulenta perorata, va más allá en sus súplicas proféticas. “El profesorado de nuestras Escuelas —dice— cuenta con hombres eximios que se ven condenados a ejercer el apostolado de la enseñanza de una manera puramente verbal por estar indotados sus servicios prácticos. En ellas existen la fragua y el yunque de los ominosos tiempos de la Albeitería; pero no existen laboratorios, ni clínicas, ni prácticas zootécnicas; subsisten como las dejó, poco más poco menos, el buen rey que las creó”.

De aquel programa esbozado en estas glosas deshilvanadas, ha nacido últimamente una Veterinaria digna y floreciente que puede codearse con las más antiguas Facultades científicas por obra y gracia de dos factores definitivos: *un Sabio precursor y un Caudillo constructor*.

EL ACADEMICO

En el año 1892, fué nombrado don Ramón Turró y Darder, académico de número de esta Real Academia de Medicina y Cirugía, en calidad de veterinario, votado por unanimidad, y haciendo su ingreso con un discurso vigoroso como todo lo suyo, en el que hace un estudio sobre *Las teorías de la inmunidad*, del que haremos un ligero extracto dado su extenso y nutrido texto, cuya lectura seduce por lo original e instructiva.

Empieza exponiendo el concepto de inmunidad natural y adquirida. Sigue comentando los principios de la doctrina pasteuriana, que viene a considerar el individuo como un matraz de caldo de cultivo donde graduar la resistencia de los gérmenes por la cantidad de gasto de sus medios nutritivos; aduciendo múltiples ejemplos para desvirtuarla con los experimentos de Chauveau y Toussain, veterinarios franceses que demostraron la inmunidad hereditaria por filtración a través de la placenta de la madre al feto de una sustancia vacunante, a cuyo

conocimiento de su naturaleza dedicaron esfuerzos sin éxito, quizás porque entonces, en el furor de las vacunaciones, no se prestó la debida perseverancia para dedicarle tiempo, a lo que Turró dice textualmente: "El ideal de la ciencia era una industria que debía explotarse antes de que otro nos ganara por la mano".

Sigue el curso de los trabajos de Vidal y Chantemesse sobre la vacunación de la fiebre tifoidea en los conejillos de Indias; los de Corneil en la profilaxis de la neumoenteritis del cerdo, y los de Nocard sobre el muermo; así como los de Haffquins por un lado y los de Kemplever y Brieger por otro, sobre la vacunación del cólera, que no merecieron el entusiasmo ni siquiera la curiosidad del mundo sabio.

Los trabajos de Charrin, reforzados por los de Fordes, respecto el bacilo del pus azul, dieron por consecuencia, que "lo que se llamaba esterilización del terreno, en vez de ser debido a una acción de agotamiento, era el resultado de una sedimentación de productos eliminados por el microbio durante su vegetación", hecho comentado y proseguido por Bouchard donde descansa la teoría patogénica de las enfermedades infecciosas.

Pasa revista y enjuicia los trabajos para la atenuación y destrucción de los bacilos y se extiende en consideraciones propias para explicarla, siguiendo la senda experimental de Nüthall y Roger para reforzarla a favor de los humores y jugos orgánicos bactericidas con acción extensiva a ciertos tejidos, que va contra la doctrina fagocitaria de Metchnikoff, a la que considera como "la expresión inmediata del poder bactericida de los sólidos". La inmunidad sigue siendo el resultado de una antisepsis intraorgánica y no la consecuencia de dinamos más o menos filosóficos de aquella doctrina.

Se extiende profusamente en demostrar con hechos experimentales, el mecanismo de la inmunidad transmitida por agentes químicos y biológicos tal como es admitida últimamente, y termina su maravillosa exposición imposible de reflejar en estos renglones, con una antigua leyenda del rey ambicioso de conquistar el mundo absorbiendo tierras y más tierras sin término, hasta llegar a viejo sin alcanzar el límite; en parangón con la ciencia experimental infinita e ilimitada en un presentimiento de un más allá sin llegar nunca a una conclusión definitiva.

Le contestó en nombre de la Real Academia, el doctor don José Mascaró Capella, haciendo una justipreciación sobre las experiencias de la Medicina tradicional y los descubrimientos del laboratorio, valorando éstos con la confirmación clínica que los asimila casi siempre como hechos aclaratorios de la Medicina clásica, con la circunstancia de que a los elementos externos de destrucción microbiana (antisépticos) se le han unido con más razón y eficiencia, la organización de las propias defensas naturales del organismo desplegadas en todos sus hu-

mores y tejidos. Alude a los trabajos que Turró tiene prodigados especialmente una meritoria Memoria sobre glosopeda encargada por la autoridad, y acaba con una ligera semblanza, con estas palabras: "En ocasión de formar parte de una comisión a Berlín para estudiar la tuberculosis, fué cuando conocí a Turró en persona —dice el doctor Mascaró— y desde entonces he podido apreciar que bajo una apariencia sencilla hasta la timidez, a veces ruda, late un corazón vigoroso henchido de nobilísimos sentimientos".

En la sesión inaugural de curso celebrada el 28 de enero de 1906, le correspondió por turno reglamentario, leer el discurso académico, que, como todo lo suyo, fué una obra maestra, versando sobre: *Las defensas orgánicas y la infección*, tema de actualidad en aquella época en todos los cónclaves de la medicina, magistral discurso que terminó, diciendo:

"La ciencia experimental no conoce otros medios de defensa que los derivados de la acción fagocitaria o la acción bactericida de los humores. Hay otros, sin embargo, y de su estudio se desprende que el criterio de la Medicina tradicional se adapta con más fidelidad a la realidad que las escuelas exclusivistas que hoy (1906) imperan. Año tras año vengo observando, cada vez con más precisión y rigorismo, que los plasmas celulares son bactericidas y que esta propiedad es un atributo de la materia viviente. El día que estas observaciones se comprueben, no de una manera parcial como ahora se hace según el criterio general que las informe, los problemas de las defensas orgánicas y la infección se replantearán en términos muy distintos de cómo hoy se plantean; aquel día se explicarán científicamente los mecanismos íntimos que presiden el desenvolvimiento de un gran número de fenómenos que el buen sentido hipocrático presiente o adivina". Así habló el sabio profeta.

El día 4 de marzo de 1916, madurado ya el fruto de sus investigaciones sobre el tema obseso en su imaginación privilegiada, lo ofrendó generoso a esta Real Academia de Medicina para someterlo a juicio crítico de sus doctos miembros, y en una comunicación amplia y saturada de toda la materia prima concurrente a formar el concepto definitivo, siempre en el sentido relativo de la ciencia infinita, trató del *Mecanismo de la infección y de las defensas orgánicas*.

Con estas tres valiosas muestras tímidamente expuestas y extraídas de la pródiga herencia laboral que en su tiempo ofreció a la consideración de esta Real Academia, creemos bastan en la aportación académica al recuerdo suyo en este solar con las propias palabras seguras y rotundas que parecen resonar aún en los ámbitos junto con su efigie serena justamente dignificada en las augustas paredes del salón

de juntas al lado de la galería de presidentes que fueron en esta noble Casa.

Pero no acaba aquí, ni mucho menos, la estela de sus méritos académicos y biológicos, ni cabría en tan limitado espacio el cúmulo de honores recibidos en pago de su labor científica y plural sabiduría.

Sus investigaciones en bacteriología sobre el neumococo, el gonococo, el estreptococo, los gérmenes anaerobios con su original tubo de cultivo, el bacilo de Yersin-Kitasato, el bacilo de Eberth y tantos otros escauceos sutiles, llenarían muchas cuartillas más capacitadas que estas mías.

La Société de Biologie de París, que presidía el profesor Ch. Richet, le abrió de par en par sus puertas, nombrándole miembro correspondiente en 1919.

En esta misma época le designó por unanimidad socio de honor, la Academia de Medicina de Buenos Aires del brazo con el eximio doctor don Santiago Ramón y Cajal. También lo fué de la Real Academia Nacional de Medicina de Madrid.

Fué presidente del Comité de Cataluña de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias; Miembro fundador de la Sociedad Catalana de Filosofía; Miembro de la Sección de Ciencias de l'Institut d'Estudis Catalans; Vicepresidente de esta Real Academia de Medicina; Presidente de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas; Miembro de honor de la Sociedad de Biología de Barcelona; Miembro de la Junta Provincial de Sanidad, y tantos más distinciones y cargos honoríficos que sería tarea prolija rebuscar.

El día 4 de diciembre de 1922, la Sociedad de Biología de Barcelona, en su X Aniversario, le dedicó un solemnísimos acto de homenaje en el Palacio de la Diputacón, con asistencia personal o representada de todos los valores científicos más universalmente conocidos, de ellos el doctor Pittaluga, que tomó parte activa, en el curso del cual, le fué entregada una magnífica placa de oro con el busto en relieve y cariñosa leyenda, ofrecimiento de las clases médicas (Medicina, Farmacia y Veterinaria) de Barcelona.

De este homenaje partió la idea del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona, de crear un premio cuatrianual nacido de los intereses de un fondo capitalizado e impuesto por suscripción entre todos los veterinarios españoles, para distinguir un tema sobre inmunología, con el nombre de PREMIO TURRÓ, idea que se viene perpetuando dentro los límites que consiente el rédito del capital, que no está en relación con la buena voluntad de los creadores ni de la gloria del maestro que fué presidente del Colegio en dos etapas inolvidables.

En el Congreso Internacional de Ciencias Médicas de Sevilla, en 1924, se tributó otro solemne homenaje compartido entre las dos figuras

españolas cumbres de la histología y de la bacteriología, don Santiago Ramón y Cajal y don Ramón Turró y Darder, acto coincidente de esos dos colosos de las ciencias naturales, que juntos empezaron en una buhardilla de nuestra ciudad acuciados por la inspiración investigadora en sus especialidades características, sin otros medios auxiliares que su vocación y los obtenidos con los menguados ingresos económicos sustraídos de su condumio. La sabia Naturaleza que los juntó en la pobreza de sus inicios, los reunió insistentemente en las apoteosis de sus glorias ecuménicas, unión consolidada, sin duda, con el premio del Paraíso donde moran sus almas buenas.

El capítulo de obras y estudios de carácter biológico, es también, interminable. Señalaremos sólo algunos títulos:

En 1880, en artículos periodísticos dió a conocer en Madrid, su teoría sobre el *Mecanismo de la circulación de la sangre* casi inadvertida por los biólogos españoles de aquel tiempo en que Turró era bisoño y desconocido; hasta que reunidos y editados en francés el año 1883 por el doctor Jules Robert, obtuvo una gran resonancia en el extranjero, mereciendo los plácemes y discusiones de las grandes figuras médicas mundiales, y entre los primeros, los del eminente profesor Marey, que como ley incontrovertible, lo incorporó en su doctrina fisiológica.

En 1882-83, publicó *Apuntes sobre la fisiología del cerebro*; en 1896-97, dió a conocer la *Medicación tiroidea* en una conferencia pronunciada en la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas; en 1897, en esta Real Academia de Medicina y Cirugía presenta una comunicación sobre el *Estudio de la función fisiológica y patológica del páncreas*, con la que abre nuevos horizontes al estudio de la inmunología. En el mismo año, también publica tres artículos en la *Gaceta Médica de Cataluña*, tratando de *La obesidad*.

En 1903 se celebra el Congreso Internacional de Medicina en Madrid y allí concurre con una comunicación sobre *Origen y naturaleza de las alexinas*. En la misma época publica en la *Gaceta de Medicina Catalana*, un trabajo relativo al *Mecanismo de la inmunidad natural*.

En los años 1910 y 1922 fueron recibidos en esta Real Academia, dos doctores: Augusto Pi y Suñer y Pedro González Juan, respectivamente, discípulos predilectos de Turró, colaboradores suyos muy estimados y sucesor suyo, el último, en la Dirección del Laboratorio Microbiológico Municipal, siendo apadrinados por el maestro en sendos y enjundiosos discursos académicos.

En 1916, fué la comunicación que hemos comentado, presentada en esta Real Academia sobre *Los fermentos defensivos en la inmunidad natural y adquirida*. En 1917, en el discurso inaugural del Congreso Médico Municipal de Barcelona, tratando el tema *Endemias y epide-*

mias tíficas, y el, también comentado, de la IV Asamblea Nacional Veterinaria, bajo el título: *La Veterinaria en el Mundo moderno*.

En 1921, presenta una comunicación sobre *Extracción de los fermentos celulares*, y publica en Madrid un trabajo sobre la *Naturaleza de los fermentos bacteriolíticos*.

En 1922 es leído en el Ateneo de Madrid un discurso reseñando *La obra bacteriológica de Pasteur*, con motivo de celebrarse allí el primer centenario del nacimiento del ilustre biólogo francés, padre de la bacteriología.

Y dejando ya en paz al biólogo, pasemos a memorar someramente ya que otros lo han glosado ya al

FILOSOFO

En este sensorial ramo de la inteligencia, llegó Turró al pináculo de lo inverosímil. Con el escalpelo sentimental disecó hasta las partes más recónditas del alma, partiendo en algunas ocasiones, de lo ínfimo orgánico hasta derivar a la cumbre de las pasiones y conocimientos humanos. Sus obras filosóficas absorben la psicología y alcanzan la metafísica. Están compuestas de materia y espíritu; de carne y sentimiento; van de la Tierra al Olimpo; de lo mínimo a lo sublime.

Una de las más sensacionales por su elevado y genial contenido y de las que más resonancia universal obtuvo, entre los criterios objetivos, fué el discurso inaugural escrito para el IX Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, celebrado en Salamanca en 1924, y que dado el delicado estado de salud del autor, lo leyó el doctor Marañón con asenso entusiástico de aquella asamblea de sabios. Su título es *La disciplina mental*.

Debemos citar también otra obra tan genuinamente revolucionaria como esta que acabamos de citar; es la referida a *Orígenes del conocimiento. El hambre*. Su contenido es tan denso y sus propósitos tan ambiciosos (pues busca nada más y nada menos en el llamado "reflejo trófico" el origen del conocimiento por el hambre y el amor púbero en la especie, llegando a la cima de la psíquica) que nos miramos impotentes para construir siquiera una síntesis de su valor biofilosófico, máxime cuando la fama ha difundido su esencia universalmente.

Esta obra escrita en lengua vernácula, fué traducida al francés y al alemán antes del castellano.

Otra obra profunda como todas las suyas, la constituyen dos conferencias pronunciadas en la Residencia de Estudiantes de Madrid, el mes de noviembre de 1917, tratando sobre *La base trófica de la inteligencia*.

Y sin seguir orden cronológico alguno, nos hallamos de mano con la última obra del pensador escrita en 1925, un año antes de su óbito,

en la cual discurre en forma de *Tres diálogos sobre filosofía de la Estética y de la Ciencia* en los que vierte un torrente de concepciones analíticas del problema psicológico de la vida afectiva en la cual se empaña toda nuestra alma; el origen afectivo del lenguaje en sus variantes factores individuales; la proyección afectiva de la actividad mental con insistencia en la valoración psicológica del fenómeno elemental del hombre, recordando como testimonio de ello, el conjunto de síntomas que acompañan a las manifestaciones nutricias. De las emociones amorosas, diciendo de ellas que después del hambre, nada las iguala para sujetarnos a una vida que no valdría la pena de ser vivida sin ellas. Y así va razonando en diálogo compacto que no llega a una determinación absoluta, dejada para otro trabajo futuro que el maestro se llevó a la gloria.

La edición argentina de esta obra (Buenos Aires, 1925) fué prologada en un concienzudo escrito sobre la labor turróniana, por el doctor Juan Cuatrecasas, constituyendo un estudio muy sucinto y acertado.

Entre los otros muchos trabajos del maestro, podemos citar: *Estudios sobre la digestión de las bacterias*, publicado en Revistas de París y Berlín; *Fórmula de la vida del doctor Letamendi* (1882), con rectificación y aclaraciones (1883); *Apuntes sobre la fisiología del cerebro*, en la que estudia los fenómenos de orden físico-químico que tienen lugar durante el proceso cerebral; *Del análisis subjetivo como medio de investigación*; *El dolor no es una sensibilidad específica*; *Del dolor y del placer subjetivamente considerados*; *La Criteriología de Jaime Balmes* (Instituto de Ciencias de Barcelona); *Origen de las representaciones del espacio táctil* (capítulo de su libro *El sentido del tacto*) (1913); *Filosofía crítica* (cursillo dado en l'Institut d'Estudis Catalans, 1917).

Entre los trabajos de temas varios, se encuentran sus primeros escauceos literarios en un tomo de poesías, titulado *Composiciones literarias* (1878); *L'ànima i la llengua*; *En defensa propia. De Cajal a Xenius. Artículo necrológico a su amado discípulo Dalmau* en el que se reflejaba toda la amargura de su alma en un florón de siemprevivas; *Després de la pau* y *La més gran derrota* (artículos periodísticos, entre la inmensidad de otros.

Fueron panegiristas de la labor de Turró, muchos de sus discípulos, algunos de ellos colaboradores, contándose entre tantos, los doctores Leandro Cervera, con unas *Notas para una biografía y bibliografía de Turró Darder*; Pedro Domingo, Pi y Suñer, González, Baltá, Bellido y Cervera, en un número especial de la Revista *Ciencia* de Barcelona, en junio de 1922.

Vidal Munné, con un estudio sobre *La obra anafiláctica*; Cayetano López, sobre *La obra inmunológica*; Leandro Cervera, sobre *La obra fisiológica*; Izquierdo Ortega, sobre *La obra filosófica*; Jesús M.^a Be-

llido, sobre *La obra pedagógica*; Gordón Ordás, sobre *La obra veterinaria*.

Todos estos trabajos fueron publicados, junto con la reproducción de algunas de sus creaciones, en un número especial de la *Revista de Higiene y Sanidad pecuarias* de Madrid, a la memoria del pensador y llorado maestro.

También la *Revista Veterinaria de España*, de Barcelona, en la que Turró figuraba como director desde 1907, le dedicó un número especial con motivo de su fallecimiento en el que, entre otros, se insertaron los siguientes trabajos: *Las doctrinas inmunológicas de Turró* por el doctor Augusto Pi y Suñer; *Turró precursor de las modernas teorías de la inmunidad*, y *Turró, el maestro*, por el doctor Leandro Cervera; *La obra fisiológica de Turró*, por el doctor J. M. Bellido; *Las bacteriolisinas específicas de Turró y los fermentos defensivos de Abderhalden*, por Miguel Baltá; *Los estudios de Turró sobre anafilaxia*, por el doctor Pedro Domingo, y *Las ideas filosóficas de Turró*, por el profesor Georges Dwelshauvers.

Y así podríamos seguir escribiendo títulos y más títulos hasta cansaros de veras.

Turró, como todo auténtico prestigio, fué muy ensalzado, pero, también combatido, mas, el polemista, pluma en ristre, supo defenderse en la Prensa, en las asambleas y en el libro y defender ante todo, cual Quijote renacido, cualquiera causa ajena que considerara justa, como lo fué para con el excelso sacerdote-poeta, mosén Jacinto Verdaguer blandiendo su argumentado libreto, *Verdaguer vindicado por un catalán*, que puso las cosas en su verdadero lugar para que aquel gran místico de la poesía, tuviera en sus momentos postreros, el sosiego a que era acreedor.

Retirado Turró en su casona de San Fausto de Capcentelles, en el corazón del risueño Vallés, haciendo vida rural entre los sencillos labriegos que adoraban en él al *señor*, recibiendo visitas de todos los científicos forasteros y extranjeros que aparcaban en Barcelona, entre ellos, como figura destacada, su admirador y admirado, don Miguel de Unamuno, dejaba transcurrir la existencia entre la ubérrima naturaleza que le proporcionaba empuje a la sangre ya fatigada para resistir las jornadas frías del invierno ciudadano y poder dar curso a sus incesantes brotes geniales en aras a su idea fija: la de dejar bien demostrada de una manera inconcusa, con argumentos definitivos antes de morir, su tesis sobre el *Hambre* y la *Sed*, como apunta Cervera en su *Quadern Blau*.

Pero la carcoma iba minando aquel árbol frondoso y robusto, que sin embargo, iba fructificando madura y prodigiosamente y resistiendo tenaz, como era norma de toda su vida, hasta que llegó el momento

cruel en que hubo necesidad de podar una de sus ramas, destruyendo con su simetría el vigor y orgullo de su copa, operación quirúrgica dirigida a evitar que la labor nefasta alcanzara el tronco; sí, aquel cuerpo tan enhiesto siempre, fué mutilado a última hora inútilmente con la buena intención de contener el curso progresivo de la muerte total que iba filtrándose rápidamente de la periferia al centro, en confirmación categórica de las doctrinas del maestro sobre el imperativo central sobre los sentidos.

Murió, reclamado el cuerpo por la tierra, en la ciudad una mañana radiante del mes de junio de 1926, (dorada elegía al epílogo de un sabio) rodeado de sus íntimos en medio de un dolor general y auxiliado espiritualmente por el padre José de Esplugas, con la resignación del justo que sabe abiertas al espíritu las puertas del lugar donde son premiadas con la gloria eterna las buenas acciones de nuestro desorientado mundo, que saturaron la existencia del genial científico, el inmenso maestro y profundo pensador profeta, doctor don Ramón Turró y Darder, que estamos recordando.

Y ved, señores, finalmente, cómo mi misión en este trascendental acto, se ha reducido al torpe engarce de algunas preseas tomadas del tesoro intelectual (mental y sentimental) del sabio, que es todo cuanto de mí habéis tenido la bondad de oír y soportar.

¡Memoria eterna para él!

Turró anecdótico

Por el doctor don Pedro Nubiola Espinós

De la Real Academia de Medicina de Barcelona

Por encargo de *l'Institut d'Estudis Catalans* el doctor Leandro Cervera dirigió en 1950 la publicación de un conjunto de estudios sobre la vida y la obra de don Ramón Turró, debidos a la pluma de diversas personalidades nacionales y extranjeras, y el mismo doctor Cervera había publicado en 1926 en los *Quaderns Blaus*, con el título de *La nostra gent: Ramón Turró*, una semblanza del maestro con interesantes datos respecto de la actuación del mismo.

Las dos publicaciones se complementan y a ellas deberá acudir para su información quien desee en tiempos venideros conocer a don Ramón Turró y su obra.

Perteneció éste a un grupo de hombres eminentes que brillaron en Cataluña en los dos últimos decenios del siglo pasado. Fué realmente aquella una época afortunada.

Cuando se experimenta la admiración por estos hombres excepcionales que sobresalen en la vida corriente entre la multitud de medianías y de seres insignificantes, entonces cabe preguntar en qué consisten, de una manera efectiva y particular, sus méritos. Cabe suponer que el Creador sigue concediendo a muchos aptitudes personales que pudieran desarrollarse, pero que en la mayoría de casos se malogran. Don Ramón Turró sumaba a una inteligencia portentosa una sensibilidad exquisita, una claridad de juicio extraordinaria, pero, aún siendo esto mucho, hubiera quedado inédito y sin provecho si no hubiera poseído una rectitud de juicio, una voluntad inquebrantable en lucha por la adquisición de la verdad y para la enseñanza de la misma.

En la mesa de trabajo del laboratorio, en las lecciones, en las conferencias, en las publicaciones, demuestra constantemente su culto a la verdad y su incansable anhelo de repudiar lo falso y artificioso, y así fué su obra en bacteriología, en fisiología, en filosofía.

A sus cualidades juntaba Turró facilidad y claridad de expresión. Recuerdo aún con delectación una serie de conferencias sobre filosofía que durante varias noches desarrolló en el auditorio de la antigua Bi-

blioteca de Cataluña. Numeroso, selecto y heterogéneo público llenó constantemente el local escuchando religiosamente la palabra del maestro, y tengo la seguridad de que ninguno de los asistentes perdió vocablo ni dejó de comprender concepto. Para completar mi idea no resisto a



Los doctores Dargallo y Nubiola, junto al retrato de Turró, que figura en el salón de la Real Academia de Medicina

la tentación de reproducir unos párrafos, entresacados de sus libros sobre el origen del conocimiento, del hambre y de la criteriología de Balme; dice así Turró:

“El espíritu nos llega a los hombres limpio de conocimiento. Lo que sea este espíritu que no ha sentido, ni pensado, ni querido aún, que

no guarda memoria de nada, nadie lo sabe: creámoslo como un hábito divino y no vayamos más allá. El cerebro nos es dado tan virgen de impresiones como lo está el espíritu de conocimientos. Su actividad no es autóctona y mucho menos espontánea. Empieza reaccionando por propulsiones que le llegan ya desde el seno del organismo, ya del mundo exterior, por los nervios sensitivos. A estos fenómenos de orden fisiológico responden fenómenos elementalísimos de orden psicológico. Cómo y por qué esto sea así, preguntémoslo a Dios que lo creó, pues la sabiduría humana no podrá darnos la razón".

"Las primeras excitaciones que llegan a la masa encefálica del niño en seguida de haber nacido y lo mueven, proceden de los elementos celulares de su cuerpo a los que falta alguna materia transformable que necesita para seguir nutriéndose y continuar con vida. Antes, le llegaba por la circulación placentaria, pero luego, una vez seccionado el cordón umbilical, ya nada reciben, y siendo el caso que siguen transformando materia, creando nuevos productos, empobrecen el medio interno de donde lo extraen; la célula resiente esta progresiva pobreza, el nervio es excitado, reaccionando el centro, la conciencia dormida despierta y resuena entonces un grito. El niño tiene hambre. ¿De qué? De lo mismo que falta, de aquello mismo que ha restado de su medio interno, de este medio en el que viven, bañados en él, los elementos celulares. Dicho medio quedó empobrecido de las sustancias *a*, *b*, *c*, *d*, y el clamor por la falta de tales sustancias es el que resuena en el hambre. La introspección no puede hacerlo este análisis, pero sí podrá si es ayudada por el análisis fisiológico. Supongamos que la leche, por ser un alimento completo, contiene todo lo necesario y apaga el hambre. El niño la toma satisfecho, se duerme tranquilo, porque ya nada le excita; pero supongamos que en tal leche hay falta de lactosa o de caseína; el niño sigue malhumorado, irritable y gime porque siente aisladamente la deficiencia de tales sustancias; la excitación periférica persiste y despierta por el clamor que recibe la conciencia".

"Supongamos otro caso: la leche es muy densa; si el niño pudiera expresarlo nos diría: no carece esta leche pesada de sus elementos sólidos o fijos, pero falta, sí, que estén diluídos en mayor cantidad de agua".

"Todo se acusa analíticamente en la conciencia como analíticamente se experimenta en los sentidos. La observación fisiológica no suplanta nunca la observación introspectiva en los fenómenos complejos de la conciencia ni en los más simples. Lo psíquico sólo se encuentra en la conciencia".

"La vida es una transformación ininterrumpida de materia. A través de continuas transformaciones hay algo (órgano, tejido, célula, molécula biogénica) que persiste y que, a medida que se desgasta trans-

formando su substancia propia, asimila de su medio interno los materiales que le convienen renovando con elaboración continua la misma substancia antes transformada, perpetuando así la uniformidad de su composición. Esto es en síntesis la vida, reducida a su función fundamental: la nutrición”.

La recordación de estos conceptos suyos, la lectura de sus palabras evoca en mí aquella varonil figura, su cara cetrina y angulosa, aquella frente espaciosa y sus ojos, aquellos ojos que pasaban de la atención a las actividades de su psiquismo a la actuación penetrante, inquisitiva del medio externo que se encontraba.

Pobre y limitado era el ambiente científico en nuestra ciudad aún en las postrimerías del pasado siglo. A pesar de haber pasado Cajal por nuestra Facultad de Medicina, estudiamos histología habiendo podido contemplar un microscopio... por fuera. De los trascendentales descubrimientos de Pasteur y de Koch se tenía conocimiento por libros y revistas, pero la técnica bacteriológica no había llegado a las cátedras y centros científicos. Turró fué el iniciador.

Con mi amigo Peyri subíamos algún rato al ático de la vieja Facultad de Medicina, a un mísero laboratorio que pudo agenciarle el profesor Jaime Pi y Suñer para investigaciones clínicas y allí vimos por vez primera el bacilo de Koch.

Siendo yo médico recién salido de las aulas con pujos de investigación, no dudé en dirigirme al Laboratorio del Parque, del que ya era director Turró, exponiéndole mis deseos. Oyóme bondadoso y dejó sus ocupaciones para darme algunos consejos. En aquel Laboratorio parecía un patriarca rodeado de sus discípulos adictos, de Augusto Pi y Suñer, de José Alomar, de Manuel Dalmau, de su infatigable ayudante Pedro González, de Pedro Domingo, más tarde de Dargallo, Cervera, Cartanyá, Puig de Valls, Durán Reynals, Baltá y tantos otros que acudían atraídos por el maestro.

La atmósfera creada en el Laboratorio tenía un encanto irresistible, además del trabajo científico: oír hablar a Turró y preguntarle para que dijera más.

Dudo que ninguno de los que tuvimos la suerte de estar presentes en aquellos coloquios y recibir tan verdaderas enseñanzas hayamos podido olvidarlo.

A pesar del tiempo transcurrido siempre que recuerdo la figura de Turró se llena mi ánimo de añoranza, y en muchas ocasiones de mi vida he sentido, con el recuerdo, la influencia de su genial personalidad. Es que Turró, ante cualquier asunto científico, recapacitaba y expresaba su opinión estableciendo un juicio, porque, como decía él, los hechos son los hechos y han de ser aceptados como sean si han sido bien observados, pero la interpretación de los mismos en muchos casos no se

ajusta a la verdad. Es por desgracia tan corriente que los autores hagan mescolanza de hechos garantizados con suposiciones aventuradas, que muchas veces se hace difícil la discriminación de los mismos. Podría aplicarse a tal caso la conocida anécdota del padre que razonaba con mucha imaginación, y un hijo suyo, muy vivaracho, le interrumpía diciéndole: Oye papá, esto que dices ¿lo sabes o lo supones?

Aunque enfrascado en su labor bacteriológica se sintió acuciado por la incompreensión que reinaba en muchos asuntos referentes al funcionalismo orgánico y por sus cavilaciones puso empeño en resolver diversos problemas de fisiología animal y humana.

La investigación complacía a su espíritu, pero no tenía completa satisfacción si no hacía a otros partícipes de lo adquirido; seguramente sin darse cuenta de ello actuaba siempre en maestro.

Convencidos de ello varias personalidades médicas de nuestra ciudad le rogaron que quisiera encargarse de dar periódicamente cursos de técnica bacteriológica en la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas de nuestra ciudad. Gracias a dicha iniciativa se logró que fueran muchos alumnos aleccionados en tal asunto, y además, que surgieran una selección de bacteriólogos cuya beneficiosa influencia se ha sentido durante muchos años y aún en la actualidad en la práctica de la medicina en Cataluña.

Por cierto, que en dicha corporación se suscitó en una época de efervescencia política un asunto de suma trascendencia médica.

Estaba proyectada la creación del Hospital clínico, y por influjo partidista una gran masa de socios entendía que no debía favorecerse la iniciativa del Estado, y que, en vez de ello, debía lograrse de las corporaciones locales que crearan una Facultad de Medicina libre. En una sesión borrascosa que se prolongó hasta la madrugada, se discutió, y quedamos sólo tres defendiendo al Hospital clínico: Ferrer Piera, Turró y yo. De momento me extrañó que Turró, que justamente era en aquella corporación dónde daba sus clases se juntara a nuestras voces, pero luego comprendí que Turró posponía su interés particular a lo que él creyó ser de justicia y conveniente para la ciudad.

Un asunto que dió en cierta ocasión bastante juego fué la observación de unos casos que se temía fuesen de peste bubónica, aun cuando oficialmente se negaba la existencia de tal enfermedad en Barcelona. Aprovechando que yo desempeñaba entonces el cargo de Inspector Municipal de Sanidad, habiendo tenido noticia de un caso sospecho estuve en su domicilio con mi amigo doctor Ardévol que era ducho en las técnicas de laboratorio, pinchamos los bubones que presentaba el paciente, y luego sembramos en medio de cultivo apropiado. No tardaron en aparecer colonias de la bacteria. Me fuí seguidamente, ufano, a visitar a Turró, diciéndole que había comprobado un caso de peste bubónica. Y

entonces medio sonriente medio enfadado me dijo: Hace tiempo que lo sé, pero se han tomado todas las medidas y Barcelona puede estar tranquila; le hemos evitado que cundiese el pánico y muchos perjuicios materiales.

Otro asunto ciudadano pero mucho más dramático y aún trágico, fué el motivado por la epidemia tífica que se desarrolló en Barcelona el año 1914.

Turró, después de estudiar a fondo la cuestión, obtuvo la certeza del contagio hídrico y por las aguas llamadas de Moncada y del acueducto del Vallés que estaban infectadas. Las manifestaciones de Turró levantaron una gran polvareda. No fueron creídas sus afirmaciones; no podía aceptarse que las aguas reputadas de antaño como las más puras y aún salutíferas pudieran propagar la enfermedad. Y por motivo de intereses particulares se lanzaron invectivas contra Turró. Este, seguro de su actuación, habló fuerte y se impuso. Se cerraron las conducciones de aquellas aguas menguando en seguida y cesando en breve la epidemia cuando ya había causado centenares de muertes.

Había sido tan injusta la campaña difamando a Turró cuando éste, cumpliendo con su deber, logró evitar la pérdida de muchas vidas, que un grupo de sus amigos consideramos la necesidad de una pública reparación. Pedro Rahola y los doctores Pi y Suñer, Cervera y Bellido conmigo, organizamos un homenaje que se tradujo en una cena celebrada en enero de 1915 en los salones de la antigua Maison Dorée, que fué concurridísima.

Una nota emotiva debo recordar aquí. Ocurrió en ocasión de una epidemia de gripe maligna que se cebó en Barcelona en 1918. Un discípulo de Turró, Manuel Dalmau, la estudiaba en el Laboratorio Municipal y contrajo la dolencia. Dalmau era muy querido por Turró, le consideraba como su hijo científico y se barruntaba que después de ser su colaborador sería su sucesor. Turró asistió en todo momento con ansias de padre la evolución de la enfermedad cuyo desenlace fatal se veía próximo, y el sentimiento que le causó la muerte de Dalmau fué impresionante.

Cuando Turró daba por terminada su tarea cotidiana en el Laboratorio se dirigía al centro de la ciudad, y en uno de los antiguos y hermosos cafés de la Plaza de Cataluña encontraba reunida una peña compuesta por elementos heterogéneos y, además, de credos políticos opuestos; precisamente esto era lo que tenía para Turró más aliciente, pues podía desplegar a sus anchas su espíritu combativo.

El caso Verdaguer.—Turró le tenía un gran afecto y admiración a mosén Jacinto, y además creyó que era su deber disponerse a la palestra en favor del mismo. De su actuación quedan dos hechos:

uno, que consiguiera acercarse a la habitación de Verdaguer, en Vallvidrera y pudiese complacerle trasladando a Barcelona ciertos documentos que a aquél le interesaba conservar; otro, fué la publicación en 1903 de un folleto titulado *Verdaguer vindicado por un catalán* con prólogo de Eduardo Marquina. En dicho folleto, que contiene datos muy interesantes y fehacientes, campea el deseo de aportar argumentos convincentes de la siempre inmaculada conducta del ilustre vate.

Sus vacaciones las pasaba Turró en su casita del pueblo de San Fost, donde tenía su habitación destinada a dormitorio, escritorio y biblioteca llena siempre de libros y papeles, a la vez que de humo de los innumerables cigarrillos que consumía. Nadie, al encontrarle departiendo con la buena gente de la población, que le respetaban y adoraban, hubiérale creído sabio y filósofo. También allí recibió a diversas personalidades del mundo científico que fueron a visitarle y que gozosos mantenían con él diálogos a la sombra de los pinos, en un ambiente helénico.

A consecuencia de una interrupción de la circulación arterial de una pierna se creyó indispensable y urgente la amputación. Junto a la mesa de operaciones se congregaron las más prestigiosas figuras de la medicina barcelonesa que reflejaban en su semblante el sentimiento que les causaba tal accidente. Turró, impasible y silencioso, aguardaba que se terminaran los preparativos para la intervención. Cuando se le advirtió que iban a empezar, dijo Turró: aguarden un momento. Y con toda naturalidad se santiguó y se acostó luego en la mesa sin decir palabra. Fué un momento emocionante para todos.

Me ha sido muy grato poder dedicar estas líneas a su memoria. Toda mi vida he de agradecerle, además de sus enseñanzas y atenciones, una cosa de mayor valor: el afecto que me demostró en toda ocasión.

* * *

Finalmente, el señor Séculi leyó las adhesiones que se habían recibido, y en nombre del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona dió las gracias a todos cuantos habían contribuido a la mayor brillantez y solemnidad del homenaje, recordando que la mejor manera de honrar su memoria es, para los preparados, saber actuar como maestros, y para los demás, perseverar en el estudio y en el trabajo con la tenacidad y el entusiasmo con que lo hizo Turró.

Colaboración al homenaje

La obra científica de Turró

Por el doctor don José Vidal Munné
Veterinario

Enjuiciar la tarea científica del maestro Turró, con los moldes de los procesos técnicos que condicionan nuestros tiempos, es una tarea difícil y con muchas probabilidades de establecer un criterio totalmente equivocado. Es preciso tener en cuenta diversos factores para valorar debidamente el contenido de su labor científica.

Turró se asomó al mundo científico en una época magnífica para los hombres dotados de un espíritu sagaz y de una clara inteligencia. Pasteur acababa de inaugurar la era prodigiosa de sus descubrimientos en el campo de la biología microbiana, abriendo un horizonte de posibilidades infinitas para los hombres ávidos de desentrañar una parte de los misterios de la Naturaleza. Cl. Bernard había establecido las leyes fundamentales de la investigación experimental, aventando la palabrería hueca de unos tiempos con modos científicos que parecían estáticos.

París significaba el foco de una irradiación maravillosa que con más o menos lentitud invadía con su claridad, los cenáculos más dispersos y más alejados. Turró fué de los primeros que se sintieron abrazados por las inquietudes surgidas de los centros donde la ciencia avanzaba empujada por aires revolucionarios y un poco iconoclastas. En nuestro país, y en el ámbito de las disciplinas biológicas, el caso extraordinario de Letamendi, seguía acaparando la atención del ambiente médico con sus brillantes elucubraciones, diríase el magnífico estertor de la agonía de unos tiempos superados por Cl. Bernard y Pasteur.

Turró, formado en aquel ambiente de sutilezas y disquisiciones académicas, se sintió prisionero de una ciencia caduca y levantó bandera de rebeldía con una acusada personalidad que se reveló con toda su amplitud, a partir de su primera batalla en el palenque científico.

Su primer trabajo científico, *Mecanismo de la circulación arterial y capilar*, publicado en 1881, a los 27 años de edad, en sus conceptos básicos puede considerarse una obra clásica.

Desde su primera entrada en el mundo de la biología, su nombre adquirió un prestigio de solidez indiscutible que paulatinamente se consolidó con inusitada firmeza. Sin embargo, es preciso destacar que con todo y sus propósitos revolucionarios en el ambiente científico, su formación romántica y apasionada no le abandona en ningún momento, y su prosa brillante y clara, adolece con harta frecuencia de los pecados que tan valientemente se propuso extirpar. No en vano su primera salida al mundo de las letras, con sus *Composiciones literarias* (Barcelona, 1878), nos retrata su alma henchida del romanticismo desgarrado a lo Espronceda. Las emociones que despiertan nuestra sensibilidad en las horas optimistas de nuestra juventud, dejan huellas tan profundas que casi nunca las logramos borrar.

Otro aspecto de la desconcertante actividad científica de Turró, se nos presenta al intentar esclarecer su formación. Turró en plena juventud nos sorprende con un tratado sobre la circulación cuando solamente había aprobado tres cursos de Medicina. No es aventurado suponer que por aquellas fechas la fisiología no se cultivaba con gran entusiasmo en nuestras Facultades. Porque la formación básica de Turró fué la de un fisiólogo, que asoma en la gran mayoría de sus publicaciones.

¿Autodidacta? ¿Intuitivo? Todo ello amalgamado en un talento clarísimo, con gran aptitud para las síntesis más luminosas. No podemos deducir el fruto de sus obras como consecuencia de una larga, profunda y disciplinada preparación académica, ya que no se conocen datos concretos de sus estudios en centros oficiales españoles o extranjeros. Su expediente académico se reduce a unos cursos de Medicina hasta llegar a la Patología médica que dejó colgada, y a un título de veterinario que obtuvo en Santiago de Compostela en dos convocatorias.

La mediocridad del estudiante oficial contrasta con la brillantez de su obra, que ha sido por muy pocos superada. El misterio de su formación difícilmente podrá aclararse, puesto que el propio Turró no dejó escritas memorias íntimas que puedan dar luz en el secreto del manantial de su clara inteligencia.

Hemos escrito que Turró fué fundamentalmente un hombre de base fisiológica. Incluso su obra más conocida y famosa que tanto han discutido los filósofos, es una derivación, o mejor, una proyección, del fisiólogo sobre el campo de la filosofía.

Els orígens del coneixament. La Fam., es la obra de un fisiólogo con inquietudes trascendentales. A pesar de los años transcurridos y de los

progresos incesantes de la psicología experimental, el cuerpo de doctrina sustentado por Turró no solamente no ha envejecido, sino que diversas aportaciones de los hombres que dedican sus actividades al esclarecimiento del apasionante tema del conocimiento, han coincidido en las afirmaciones tan genialmente intuídas por el maestro.

La escuela de psicología experimental capitaneada por Katz, después de divagar entorno de distintas teorías, sugiere la hipótesis de una "avidez química" que en el fondo no es más que una moderna expresión del sentimiento trófico magistralmente desarrollado por Turró. Pero, lo curioso, y al mismo tiempo triste del caso, es que apenas se acuerdan los investigadores que sus pasos siguen, de las huellas que marcara Turró.

Katz en su libro *Animales y Hombre*, 1942, tan sólo se digna mentar a Turró en una modesta nota al final de página, cuando, en realidad, todos los teorizantes sobre esta cuestión se siguen moviendo en derredor de la teoría sustentada en el libro que comentamos.

Como todas las ideas básicas que iluminan un campo determinado de la investigación, aceptan retoque, comprobaciones y ampliaciones que van afirmando el valor del pensamiento primitivo. Pero Turró fué un astro de primera magnitud surgido en un ambiente demasiado en las lejanías de los cenáculos consagrados, y le faltó el esfuerzo de un equipo que continuara abrigando su luz.

Nuestro Cervera, en un trabajo publicado en el volumen de Homenaje que el *Institut d'Estudis Catalans* ha dedicado a Turró, analiza sagazmente este problema, y conviene en la valiosa aportación de los modernos estudios de fisiología, psicología y biotipología, en la confirmación del punto de vista sustentado por Turró en su trabajo sobre *Els orígens del coneixement*, aparecido por primera vez en 1911 en su traducción alemana.

Seguramente la tarea metódica y experimental de los modernos estudios biotipológicos, aclararán la idea general de los *mecanismos tróficos*, en relación con las variantes zoológicas, pero, hoy por hoy, no existe otra explicación que, aun a base de concesiones mutuas, ponga de acuerdo a los que sustentan teorías opuestas: la experiencia trófica y el conocimiento preexistente. Es decir, los filósofos en sus especulaciones académicas o apasionadas, se dan la mano en la interpretación fisiológica de los fenómenos intelectivos. Y esta interpretación es la que formulara Turró, y que sigue firme, y afianzada por descubrimientos recientes de muchos investigadores que desconocen o simulan no tener la menor idea de las doctrinas del insigne maestro catalán.

En todo caso, no es sorprendente constatar las divergencias de criterio sustentadas por los filósofos ante las consecuencias deducidas por Turró de sus postulados fisiológicos. Los filósofos se parapetan en

sus torres de marfil imbuídos de sus premisas de escuela, que generalmente parten de especulaciones metafísicas, en tanto que Turró parte de su base fisiológica, experimental y racionalista, para llegar al campo de sus críticos, que le consideran un aficionado en las cuestiones trascendentales de la filosofía. Acaso las divergencias sustentadas no son más que consecuencias lógicas del enfoque inicial.

Otra de las magistrales aportaciones de Turró en el campo de la biología, está concretada en sus extensas y magníficas publicaciones relacionadas con el apasionante problema de la inmunidad. Aquí también vemos al intuitivo y genial fisiólogo. Su teoría es una pura doctrina de digestión celular. Para Turró, en síntesis, la inmunidad no sería otra cosa que un proceso metabólico, en el cual intervendrían los más variados campos celulares.

En aquellos tiempos de luchas apasionadas e intransigentes en torno a las teorías de Metchnikoff, Buchner y Ehrlich, surge Turró con su nueva visión del problema, dando una estructura sólida y racional a las fantasías pedagógicas de Ehrlich, constituyendo su nueva teoría una base indiscutible para explicarse la mayoría de los fenómenos que preocupan a los inmunólogos. Y sin embargo, su voz se pierde en el desierto, a pesar de su publicación en alemán y su análisis en francés aparecido en el *Bulletin de l'Institut Pasteur* (1903).

Pero es más; en el clásico *Manual de los microorganismos patógenos*, de Kolle y Wassermann, aparece una teoría semejante de Abarco-Beretta publicada en 1908.

Es difícil explicar este desconocimiento de la labor portentosa de nuestro Turró por hombres que parece tienen la obligación de estar correctamente documentados de los movimientos científicos de su tiempo.

Es posible que la clave pueda encontrarse en la anécdota que transcribe Pissarewsky en el ya citado volumen del *Institut d'Estudis Catalans*. Dice este investigador radicado en París, que en cierta ocasión hablando de este problema con Besredka, éste le dijo lo que sigue: "Comprenda usted las cosas como son y no de otra manera. Ramón Turró estaba demasiado lejos del eje científico Londres-París-Berlín para poder imponer a los teorizadores de aquellas horas el respeto a su personalidad; es triste, es injusto, pero es así. Era también de naturaleza demasiado íntegra para intentar el triunfo de sus puntos de vista en el extranjero por medio de vulgares combinaciones de reclamo. He aquí por qué nuestros *tubescrapers* paneuropeos, ancorados en sus concepciones preadoptadas, eran llevados a disfrazar, consciente o inconscientemente, según los casos, la significación real del descubrimiento de las bacteriolisinas específicas de Turró. Yo mismo he de confesarme de ello...".

¡El egoísmo de escuela y la vanidad personal!, llevan muchas veces a cometer tamañas injusticias, que sólo el azar, como en este caso, ponen al descubierto!

Porque, lo curioso en este caso, es que la teoría de Turró no negaba los hechos de Metchnikoff ni refutaba el punto de vista de los humores capitaneados por Buchner. La visión de Turró, más amplia, de horizontes más extensos, permitía encajar la actividad fagocitaria y los fenómenos humorales, sin la más mínima contradicción.

En el fondo, la inmunidad es un proceso bioquímico en virtud del cual el organismo, por medio de sus equipos enzimáticos, se limita a transformar unas moléculas extrañas a su medio interno, en otros cuerpos inofensivos, integrando sustancias en su actividad metabólica presta en todo momento a resolver favorablemente cualquier desequilibrio que se presente en su constitución.

Se ha dicho infinitas veces que todas las teorías que pretenden explicar los fenómenos inmunológicos adolecen de una falla característica: solamente resuelven un campo limitado de los procesos que acarrea la inmunidad.

Tenemos la convicción de que este reproche a las teorías inmunitarias, no reza con la de Turró. Ocurre en todo caso que nadie se ha esforzado pacientemente en analizar su extensión y sus posibilidades, quedando como un monolito espléndido entre la ubérrima bibliografía que ha surgido en torno a la inmunidad.

Todavía se mueve en las disputas de los investigadores, la polémica para deslindar el origen de los anticuerpos. Para unos, el antígeno actuaría como estimulante para crear el anticuerpo; para otros el anticuerpo es una formación nueva en la cual interviene directamente el antígeno.

Sin forzar la teoría de Turró, podemos deducir una lógica explicación. Si la inmunidad es un proceso digestivo, los anticuerpos nacen de la función enzimática que desmorona el edificio del antígeno, creando como consecuencia, una nueva sustancia con afinidades para reaccionar con él, puesto que en su constitución lleva parte de su propia naturaleza. Aparte la ortodoxia de esta explicación, multitud de hechos experimentales abonan cumplidamente esta imagen.

Y sin embargo, nadie se acuerda de despertar de su letargo las luminosas publicaciones de Turró, donde, a partir de 1894, y de una manera casi ininterrumpida hasta 1924, va moldeando su genial teoría. Parece más elegante y de más relieve, aguzar el ingenio y crear una nueva teoría para cada nuevo fenómeno que se presenta al espíritu crítico del investigador.

Completando el comentario en torno a la más imponente trilogía de las producciones turronianas, es preciso que digamos algo de su pri-

mera aportación sensacional: *Mecanismo de la circulación arterial y capilar*.

Es el milagro de un fisiólogo desconocido, que nadie sabe dónde aprendió tantas cosas importantes y que dejó sorprendidos a los biólogos de fin de siglo. A pesar de los años transcurridos, más de medio siglo, su tesis puede considerarse un documento clásico, sobre el cual actualmente J. Pi Sunyer Bayo y Cristián Cortés dedican sus esfuerzos y su sólida preparación con el propósito de revisar y demostrar la fina y clara visión de Turró.

Los puntos de vista fundamentales por él sustentados y previstos por su rara intuición, han sido comprobados posteriormente por investigadores de los más diversos países, y se da el caso curioso, pero no infrecuente, de que los postulados teóricos de un espíritu sintetizador genial, son luego redescubiertos experimentalmente por otros espíritus de formación analítica y de ambiciones científicas concretas.

* * *

La labor científica de Turró es mucho más vasta que lo circunscrito de los anteriores comentarios. En el orden estrictamente bacteriológico, nos importa recordar dos aportaciones que reflejan su ingenio y su originalidad.

La primera de ellas es su personal sistema de cultivo de los gérmenes anaerobios con su original tubo que ha sido reproducido en la mayoría de los libros de Bacteriología de nuestro primer cuarto de siglo. Modernamente, Burri, inspirándose probablemente en el método de Turró, ha resuelto una modificación o simplificación que se utiliza en la mayoría de laboratorios.

Turró hizo el descubrimiento de un medio de cultivo para los neumococos, a base de glucosa, que unos años después imitara Truche, y hoy aparece en todos los tratados de Microbiología, como si fuera un descubrimiento original del bacteriólogo francés.

También Turró intervino en el apasionante problema de la anafilaxia, aportando con González, el hecho clásico de la sensibilidad pasiva, que hoy se esgrime frente a los partidarios de los anticuerpos *sesiles*.

* * *

Después de este breve análisis de la gran obra de Turró, se nos ocurre preguntarnos la razón de su aparente olvido. Al cabo de más de 25 años de su muerte, nos abruma pensar que tanto esfuerzo genial se malograra en el silencio de las actuales generaciones. Es posible que haya influido poderosamente el clima mezquino de nuestra política administrativa que no ha permitido la supervivencia de los núcleos románticos con vocación de investigadores.

Es muy probable que en otras circunstancias el Laboratorio Municipal de Barcelona, se llamaría y funcionaría hoy como *Instituto Turró de investigaciones biológicas*.

El equipo de trabajadores que naciera al influjo del pensamiento turroniano ha sufrido el desastre espiritual de la dispersión. Sería ocioso, y acaso inoportuno, empeñarnos en un análisis de los diversos factores que han pesado en esta cuestión. Por otra parte, y esto es indiscutible, las causas han partido de diversos orígenes, y a fin de cuentas deberíamos convenir en que todos tenemos una fracción de responsabilidad.

Séanos permitido como colofón de este comentario, trazar una lista de los más significados elementos que pudieron haber constituido los representantes de la escuela turroniana.

Dalmau, fallecido en plena juventud; Durán Reynals, encuadrado en las organizaciones de investigación norteamericana; Cayetano López, en el camino de su carrera de alto funcionario, más lejos de nosotros de lo que hubiéramos deseado; Pedro González, su discípulo predilecto y ferviente colaborador, hasta el final de su vida activa, ha mantenido el fuego sagrado del Laboratorio Municipal; Domingo, uno de los más brillantes y prometedores, triunfando por tierras del Caribe; Baltá, el puritano insobornable, trabajando también por tierras de la Hispania transatlántica.

Y paralelo al grupo del Laboratorio Municipal, queda el equipo hermano de lo que fué el *Institut de Fisiología*, con su patriarca al frente. Augusto Pi Sunyer, añorando también, por tierras americanas, el sol de su amada Costa Brava; Bellido, muerto sin pena ni gloria en una ciudad de la Francia meridional; Cervera, diluyendo su apasionada y espléndida cultura, en la prosa de su consulta médica.

Quedan, sí, unos jóvenes que sienten con cariño y fervoroso entusiasmo, el influjo de las ideas de Turró fisiólogo. De una manera especial las promociones en plena madurez de la dinastía Pi-Sunyer, que junto con Cristián Cortés, trabajan en la revaloración de las geniales intuiciones de Turró, y que posiblemente nos mostrarán, allá en países alejados, el contenido imperecedero de la obra del maestro.

Sepamos seguir la estela del maestro

Por el doctor don Pedro Domingo

Habana. Cuba

Imaginaros en la intimidad de esta conmemoración al nacimiento de nuestro Ramón Turró, y que podáis realizarla bajo el mismo trozo de cielo que fué su cielo; percibiendo los ruidos, los olores y las imágenes que fueron suyas; estar al contacto de las voces que le hablaban y del gesto de quienes le oían, me conmueve y hace vibrar en mi corazón, guardados y queridos recuerdos.

Supongo que al reuniros para lanzar al aire este toisón de emociones lo haréis con la misma unción con qué, al vibrar el Angelus, deja caer el sembrador la ilusión de su semilla, pensando: ¡Que hoy sea el mejor día! ¡Que la tierra en que caiga le dé su lecho de vida! ¡Que el cielo la bendiga con su lluvia, el sol le dé su calor y el aire su primer caricia cuando germine! ¡Que Dios la libre de la maldad!...

En vuestro coro, vedme a mí. No cantando palabras sino armonizando mis emociones con las vuestras. Integrado plenamente a vosotros para formar este grupo de los que fuimos y aun somos y sintiendo la angustia de señalar, a los que tienen aun su carne ansiosa de futuro, este mañana cada vez más incógnito y más roto y separado del ayer; para mostrar el milagro de las enseñanzas perdurables; el valor y la luz de aquellos pensamientos del maestro que siendo trascendentes no han trascendido...

Turró era más sabio en la expresión de aquellas ideas que podía liberar sin temor a la atención de nuestro pequeño clan, que cuando las maquillaba para verterlas en las responsables páginas de sus publicaciones; era más sabio, cuando maquinaba en voz alta haciendo fecundar su pensamiento de filósofo con la luz de sus conocimientos de hombre de ciencia. Cuando condensaba en una exclamación... y aun a veces en un gesto, sus profundas dudas sobre el respeto que debía tenerse a la libertad de pensamiento; y, en una forma de palabra que era un murmullo, decía: "La mente debe disciplinarse; debe acondicionarse para que pensando lo que quiera piense lo que deba; se ha nutrido excesivamente de las imágenes que la casualidad ha puesto en su camino... y

luego, cada uno, interpretamos nuestros más genuinos pensamientos como hijos de *nuestra voluntad* y no de *nuestra casualidad*...”.

Con la idea de esta *casualidad* edifica toda su filosofía y va señalando que al integrarse una personalidad, a la par que las células de los tejidos se colman de materia, el espíritu, al dar satisfacción a las más genuinas necesidades representadas por el hambre, por la atracción del mundo exterior... se colma de conciencia, recibiendo los magníficos regalos del conocimiento, del saber, de la personalidad...

Esta dualidad, que quiere ver siempre armonizada, entre la *idea del querer* y la *idea del deber* le atormenta y se cruza constantemente en su camino. Liga así el concepto de Ciencia con el querer y el de Religión con el deber y las deja por siempre enraizadas en su espíritu: “El querer ha de tener una motivación señalada por el deber. Lo cual equivale a decir que sin la ética de la Religión la Ciencia no tiene sentido”.

Pero su religión no es ortodoxa con la forma sino con el fondo. Alcanza todas las dimensiones de su talento y tiene siempre el sentido de lo bello, de lo bueno, de lo justo... Cuando defiende a Jacinto Verdaguer, que se ha puesto a mal con sus jerarcas, lo hace pensando que es un sacerdote-poeta que siente una incontenible atracción por la belleza y que ha comprendido a Dios, más a través de esta admiración por lo bello de su creación que por los conocimientos teológicos. Esta armonía de la creación no debe ser perturbada, y por ello, cuando Vironoff expuso en Barcelona sus experiencias de rejuvenecimiento, Turró decía: “Nada que desarmonice a un ser, aunque sea logrando un positivo beneficio inmediato, puede producirse sin su contrapartida de inconvenientes. ¡Qué triste debe ser sentir nacer las alas de Eros en un cuerpo del que ya han huido todos los otros atractivos ligados a la plenitud sexual”.

Cuando sus obligaciones hacían necesario que expresara su voto para seleccionar entre los candidatos a ocupar un determinado puesto de trabajo oficial, siempre decía: “Primero, es indispensable que sea bondadoso y honesto... luego, que sea sabio; todos hemos adquirido el saber que no teníamos... pero la bondad es un patrimonio que no se adquiere en ningún libro, y una persona de sentimientos enfermos puede malograr la obra de toda una comunidad”. Era ésta una faceta más de su preocupación en lograr que las personas que tuvieran un puesto de relieve sobre los demás gozaran de una armonizada relación entre su saber y su deber; de su conflicto entre su Religión y su Ciencia.

Los últimos años de su vida coincidieron con el nacer de los nuevos conceptos del Arte: “Esto puede ser extraordinariamente grave —decía— no por sí, sino por lo que representa de paralela emoción ante lo bello y lo feo; ante el bien y el mal. Por lo que tiene de expresión

egoísta por parte del artista que se desentiende de su condición de guía para dar sólo rienda suelta a sus necesidades y medicarse con ello. Es como si Hipócrates hubiera limitado los alcances de su saber a cuidarse a sí mismo”.

Si estos principios se aplican a la Ciencia los resultados pueden ser terribles... ¡Cómo su mente veía claro en el destino!

Ante sus vastísimos conocimientos; ante sus sensibilidades para apreciar todas las conmociones de la vida, los que estábamos a su lado lográbamos la clara noción de lo mucho que ignorábamos y de lo embotado de nuestro espíritu. De él aprendimos a ser modestos para no ser ridículos. Viéndole maestro supimos que tal condición no es un normal jalón de ascenso en el saber sino una cualidad ligada a una condición moral. Dudamos por tanto que las pruebas realizadas aquilatando saber sirvieran en realidad para encontrar a los mejores maestros.

Cuando la bruma de los años ha puesto espacio entre sus plenitudes y nuestro momento, las ideas y los sentimientos de Ramón Turró se nos aparecen llenos de jugosa juventud; radiantes de buen sentido.

Rendirle, ahora y siempre, el tributo de esta comunión espiritual abriendo nuestra alma para sazonarnos de él; intentar huir de nuestros esquemas actuales para entrarnos en sus moldes; querer honrarle, es un gesto que nos ha de llenar a todos de honor.

El punto de partida antropológico de Ramón Turró ⁽¹⁾

Por el doctor don Ramón Sarró Burbano

Catedrático de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de Barcelona

Acaso el mejor camino para comprender a un filósofo sea el de descubrir su punto de partida. El de Ramón Turró no es difícil de fijar. Miguel de Unamuno lo formuló en latín: *Edo ergo sum*. No puede ponerse en duda la radical, la extraordinaria novedad de esta afirmación. Otros filósofos, quizás la mayoría, arrancan también de una experiencia central a partir de la cual se va estructurando su sistema. Para Condillac, era la sensación; para Maine de Biran, la vivencia del esfuerzo; para Shopenhauer, la voluntad; para Bergson, el "élan vital"; para Freud, el instinto sexual. Precisa llegar a Turró para encontrar un pensador que atribuya al hambre tal extraordinaria trascendencia en el orden cognoscitivo. Su tesis es nada menos la de que si no fuéramos seres hambrientos no llegaríamos a conocer la realidad; mejor dicho, no llegaríamos a constituir un mundo.

Para Turró, el recién nacido, que se hallaba en un estado de homeostasis perfecta en el claustro materno, lo cual sería equivalente a una ausencia total de sensaciones, como un perfecto nirvana, adquiere su primer hecho de conciencia mediante la sensación del hambre. La primera conciencia humana no sería, por tanto, la angustia, como han pretendido algunos psicoanalistas, ni tampoco la primera sensación externa de la estatua de Condillac, sino que sería una sensación carencial propioceptiva, mejor dicho, una necesidad, una tendencia biológica elemental, un fenómeno de tipo instintivo.

Debe subrayarse la *modernidad* de esta idea turroniana. Hasta llegar al existencialista Kierkegaard, el *quién* de la filosofía no era el filósofo, sino su mente cognoscitiva. Un singular aparato de óptica mental que "per accidens" iba unido a un individuo concreto, y que fun-

(1) Fragmento de la intervención del Prof. Dr. Ramón Sarró en el «Coloquio sobre Ramón Turró», celebrado en la Asociación de Humanidades Médicas de la Academia de Ciencias Médicas (febrero 1955), con intervención de los Profs. J. Nubiola, A. Oriol Anguera, R. Roquer y los Dres. Ch. Nogales y Juan Obiols.

cionaba con tanta mayor perfección cuanto más desvinculado se hallaba de aquel concreto. Existía una diferencia abismal entre la actividad del filósofo, puro ser de pensamiento, y la del poeta, que escribe con y a través de su corazón, y la de cualquier representante de la humanidad doliente que vive y piensa con sudor y lágrimas.

A partir de un momento histórico que no sin arbitrariedad atribuimos a Kierkegaard, ingresa en la filosofía el hombre total. Se inicia la *orientación antropológica*.

Entre los pensadores modernos cada uno se caracteriza por la diversa forma de abordar al hombre desde su plano extraintelectual, es decir, desde zonas más centrales de la personalidad que el puro intelecto o que, en todo caso, lo complementan. La definición clásica del hombre como animal racional resulta insuficiente, y el esfuerzo de los filósofos estriba en calar más hondo en lo humano y hacer surgir la actividad filosófica de sus mismas entrañas vitales.

En España los máximos representantes de esta orientación antropológica fueron sin duda, Miguel de Unamuno —en la esfera de la Filosofía— y José de Letamendi, creador de la Patología basada sobre el *principio individualista*, en el campo de la Medicina.

La valoración histórica de Turró debe en gran parte hacerse en función de estas grandes figuras históricas. Turró, en los comienzos de su carrera científica, sostuvo una polémica con Letamendi de extraordinario interés desde el punto de vista de la Historia de las ideas médicas. En ella se ponía de manifiesto la incapacidad de Turró en tanto discípulo de Pasteur y de Claudio Bernard por hacer justicia al genio de Letamendi en su visión de *una antropología integral*.

Respecto a Unamuno la distancia que separa el “hombre que come” el *homo edens* del “hombre de carne y hueso” del “Sentimiento trágico de la vida” con su insondable problematismo, es realmente máxima.

Pero aun cuando no creamos que pueda construirse el hombre a partir de su instinto de nutrición ni tampoco a través de su instinto sexual, con ser éste infinitamente más rico, no por ello deja de ser cierto que los planos vitales de la personalidad son esenciales para la comprensión del hombre. Necesitamos una concepción antropológica del hambre y una interpretación del hombre en tanto ser hambriento. El pensador catalán Ramón Turró planteó por primera vez, con rigor científico y filosófico, este problema de máxima trascendencia. Fué uno de los pocos pensadores españoles de su época que habría podido mantener diálogo fecundo con un Nietzsche, con un Freud, con un Marx o con un Bergson.

Adhesiones y representaciones

Enviaron su adhesión o estuvieron presentes o representados oficialmente a los actos, numerosas personalidades, de las que merecen destacarse:

Excmo. Sr. Capitán General de Cataluña, don Juan Bautista Sánchez González.

Excmo. Sr. Director General de Ganadería, don Cristino García Alfonso (Madrid).

Excmo. Sr. Director General de Sanidad, don José R. Palanca (Madrid).

Excmo. Sr. Alcalde de Barcelona, don Antonio M.^a Simarro.

Excmo. Sr. General Jefe de Veterinaria Militar, don Emilio Sobreviola (Madrid).

Ilte. Sr. Inspector General de Sanidad Veterinaria, don Pedro Carda Aparici (Madrid).

Ilte. Sr. Presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios (Madrid).

Ilte. Jefe provincial de Sanidad de Barcelona, don Joaquín Martínez Borso.

Ilte. Sr. Jefe del Servicio provincial de Ganadería de Barcelona.

Ilte. Sr. Presidente del Colegio Oficial de Médicos de Barcelona.

Ilte. Sr. Presidente del Colegio Oficial de Farmacéuticos de Barcelona.

Ilte. Sr. Presidente del Instituto Médico-Farmacéutico de Barcelona.

Ilte. Sr. Presidente del Seminario de Ciencias Veterinarias de Barcelona.

Ilte. Sr. Presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, de Barcelona.

Ilte. Sr. Jefe del Servicio provincial de Ganadería de Tarragona.

Ilte. Sr. Jefe del Servicio provincial de Ganadería de Gerona.

Ilte. Sr. Inspector provincial de Sanidad Veterinaria de Barcelona.

Ilte. Sr. Inspector provincial de Sanidad Veterinaria de Gerona.

La Prensa barcelonesa, en especial *La Vanguardia Española*, el *Diario de Barcelona*, y *El Noticiero Universal*, y la Radio (Radio Nacional de España en Barcelona, Radio España de Barcelona y Radio Barcelona), han prestado al homenaje su cálido y cordial apoyo no sólo difundiendo la convocatoria y celebración de los actos y dando cuenta detallada de los mismos, sino, además, dedicándole en sus glosas diarias o semanales de los hechos ciudadanos o científicos más destacados un acertado y oportuno comentario. A continuación transcribimos algunos de los que hemos tenido conocimiento o referencia:

En la sección Vida de Barcelona; Crónica de la jornada, *La Vanguardia Española* publicó el suelto siguiente:

Con la colaboración de la Real Academia de Medicina y el Laboratorio Municipal de Barcelona, el Colegio de Veterinarios de nuestra provincia ha organizado un homenaje a la memoria del doctor Ramón Turró, con motivo del centenario de su nacimiento, homenaje preparado con un ejemplar criterio de selección y de orientación mediante el cual se traerá a la memoria pública la figura y la obra del gran biólogo y pensador, con cuya muerte, ocurrida en 1926, desapareció una de las más claras mentalidades científicas del siglo en España.

El programa comenzará a desarrollarse mañana, a las siete de la tarde, en el Colegio de Veterinarios, con una disertación del doctor don Cesáreo Sanz Egaña, director del Matadero de Madrid y miembro de la Academia de Veterinaria de Francia, sobre el tema *Glosas de un lector de la filosofía de Turró*, a la que seguirá otra del doctor don Cayetano López y López, presidente del Consejo Superior Veterinario y miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona, quien tratará sobre *Turró y su personalidad*. El día 17, a la misma hora, en la Real Academia de Medicina don Remigio Dargallo Hernández, director del Laboratorio Municipal de Barcelona; don Angel Sabatés Malla y don Pedro Nubiola Espinós, académicos de la Real de Medicina, hablarán, respec-

tivamente, de los siguientes temas: *Turró y el Laboratorio Municipal*, *Turró, académico y algo más* y *Turró anecdótico*.

Como puede verse, el enunciado de las cinco conferencias que integran las sesiones de homenaje se ciñe substancialmente a glosar y exaltar las diversas facetas de la personalidad de Turró, el hombre que, como todos los espíritus de excepción, se anticipó a su tiempo con extraordinaria lucidez y acierto.

En la sección Mirador de la Ciudad, del *Diario de Barcelona* apareció la siguiente nota:

EL CENTENARIO DE RAMÓN TURRÓ

Con motivo de celebrarse ahora el centenario del nacimiento de don Ramón Turró, ilustre biólogo, gran veterinario y buen filósofo, el Colegio de Veterinarios de nuestra provincia, con la cooperación de la Real Academia de Medicina y del Laboratorio Municipal de Barcelona, del que fué director, ha organizado una serie de actos en homenaje a aquel investigador catalán, nacido en Malgrat hace cien años y muerto en Barcelona hace veintiocho.

Hoy comenzará a desarrollarse ese programa de homenaje a don Ramón Turró con una conferencia que, en la sede del Colegio de Veterinarios, pronunciará a las siete de la tarde el doctor Sanz Egaña, director del Matadero de Madrid, sobre *Glosas de un lector de la Filosofía de Turró*. Y a continuación será estudiada la personalidad de Turró por el doctor don Cayetano López, presidente del Consejo Superior Veterinario.

Otras disertaciones no menos interesantes estudiando a Turró en su ambiente del Laboratorio Municipal, como *académico y algo más* y en el aspecto anecdótico, serán pronunciadas, respectivamente, por los doctores Dargallo, Sabatés Malla y Nubiola Espinós el día de mañana en la Real Academia de Medicina.

Con estas cinco conferencias, pues, quedará perfilada perfectamente la figura de aquel hombre ilustre y de gran clarividencia científica, cuyas previsiones, ideas y conocimientos se han visto confirmados después.

Y *El Noticiero Universal*, en su sección Barcelona al día, insertó el artículo siguiente:

CENTENARIO DEL DOCTOR TURRÓ

Con motivo del centenario del nacimiento del doctor Ramón Turró, el Colegio de Veterinarios de nuestra provincia, contando con la colaboración de la Real Academia de Medicina y el Laboratorio Municipal de Barcelona, ha organizado un homenaje a la memoria del insigne biólogo y filósofo español. El doctor Ramón Turró y Darder nació en

Malgrat, el 8 de diciembre de 1854, y murió en nuestra ciudad el 5 de junio de 1926.

Es exiguo y poco adecuado este lugar para analizar la personalidad del doctor Turró. Biólogo y veterinario, pensador y escritor, poeta incluso en su juventud, el doctor Turró fué todo un carácter humano. No quiso ser médico faltándole una asignatura —la de Patología médica— por incompatibilidad con el profesor de la asignatura. Y sin tener cátedra oficial, tuvo la cátedra viva y formativa de su laboratorio, y su obra de médico y biólogo fueron los primeros estudios de endocrinología moderna conocidos en Cataluña. Como filósofo, fué un claro y rotundo exponente de la filosofía de su momento, de aquella filosofía científica y neopositivista que era producto de un espíritu realista, de su obra experimental. Fué un hombre de su época, y su extensa obra ha sido fecunda, dejando una profunda huella en la medicina —sobre todo en la bacteriología y biología—, en la veterinaria —cuyo título de doctor ostentó siempre con orgullo— y en el pensamiento de su tiempo.

El programa del homenaje comenzará a desarrollarse mañana, a las siete de la tarde, en el Colegio de Veterinarios, con una disertación del doctor don Cesáreo Sanz Egaña, director del Matadero de Madrid y miembro de la Academia de Veterinaria de Francia, sobre el tema *Glosas de un lector de la filosofía de Turró*, a la que seguirá otra del doctor don Cayetano López y López, presidente del Consejo Superior Veterinario y miembro de la Real Academia de Medicina de Barcelona, quien tratará sobre *Turró y su personalidad*. El día 17, a la misma hora, en la Real Academia de Medicina, don Remigio Dargallo Hernández, director del Laboratorio Municipal de Barcelona; don Angel Sabatés Malla y don Pedro Nubiola Espinós, académicos de la Real de Medicina, hablarán, respectivamente, de los siguientes temas: *Turró y el Laboratorio Municipal*; *Turró, académico y algo más*; y *Turró, anecdótico*.

Estas cinco conferencias integran un completo homenaje a este hombre ilustre y lúcido que fué curioso de tantas cosas y se anticipó a tantos conocimientos e ideas que luego se han visto confirmados.

También *El Noticiero Universal*, en su sección Reportajes de la ciudad, del número de 3 de enero, publicó Jorge de Moncada un artículo titulado *El doctor Turró explorador del mundo de los microbios*, que no transcribimos por su mucha extensión.

* * *

La prestigiosa emisora *Radio España de Barcelona* en su emisión La Universidad del Aire, del día 18 de diciembre próximo pasado dedicó el siguiente comentario:

Se ha cumplido un siglo del nacimiento del pensador catalán Ramón Turró. En verdad, la figura de este filósofo merecía, de siempre, mayor atención. Si abandonamos voluntariamente la presencia de nuestros hombres señeros, no podemos, después, lamentar que en el mundo únicamente sean conocidos pensadores extranjeros. Ahora precisamente, el Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona —que sea dicho en justicia, tanta labor de proyección científica viene desarrollando— en colaboración con la Real Academia de Medicina y el Laboratorio Municipal, organizó un ciclo de conferencias para glosar la personalidad del biólogo y pensador, Ramón Turró.

Ramón Turró se mostró en todo momento, en santa continuidad durante su vida, un investigador eficiente, en afán de nuevos conocimientos, en lucha esforzada por la conquista de la verdad. Sus estudios son múltiples, fruto de una labor a la que vivió completamente entregado. Señalemos sus ensayos sobre la *Filosofía Crítica* y, particularmente, su obra sobre los *Orígenes del conocimiento*, que apareció con un prólogo de don Miguel de Unamuno. Con palabras del propio Unamuno fijaremos la personalidad de Ramón Turró:

“Es el doctor Turró catalán, de la tierra misma que nos dió a Balmes y a Llorens, heraldos en su tiempo de una filosofía del sentido común, algo a la escocesa. Aquella filosofía era un poco *terre a terre* que se diría en francés, muy pegada al suelo. Turró ha tenido el acierto de meterse bajo el suelo, de enterrarse, digámoslo así, en el suelo de la realidad, de zahondar en su substancialidad y así en fuerza de terrenalidad, de realismo, analizando el hambre creadora del conocimiento, ha llegado a una interpretación de origen psicológico del conocimiento que no se había alcanzado”.

Con estas palabras de Unamuno cerramos nuestro comentario a la obra de Ramón Turró. A la par que felicitamos a los organizadores de este ciclo de conferencias que ha venido a cumplir una función necesaria.

INFORMACIÓN OFICIAL

Ministerio de Agricultura

ORDEN de 30 de diciembre de 1954 por la que se designa a don Enrique Castellá Beltrán representante del Cuerpo de Veterinarios Titulares en el Consejo de Administración de la Mutualidad General de Funcionarios del Ministerio de Agricultura.

Ilmo. Sr.: De conformidad con lo dispuesto en el artículo 41 del Reglamento de 24 de junio de 1947, por el que se rige la Mutualidad General de Funcionarios de este Ministerio de Agricultura, y habiéndose producido en el Consejo de Administración de la misma la vacante de Vocal representante del Cuerpo de Veterinarios Titulares.

Este Ministerio, de acuerdo con la propuesta que formula el citado Consejo de Administración con fecha 23 del actual, se ha servido nombrar a don Enrique Castellá Beltrán, representante del Cuerpo de Veterinarios Titulares en la citada Mutualidad General.

Lo que comunico a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 30 de diciembre de 1954. — CAVESTANY.

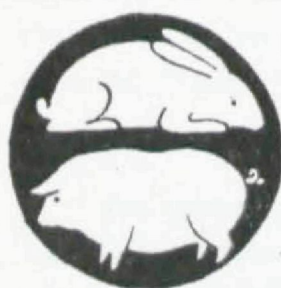
Ilmo. Sr. Subsecretario-Presidente de la Mutualidad General de Funcionarios del Ministerio de Agricultura.

(B. O. del E., de 16 de enero de 1955).

Ministerio de la Gobernación

ORDEN de 24 de enero de 1955 por la que se prorrogan por dozavas partes los presupuestos de las Mancomunidades Sanitarias e Institutos Provinciales de Sanidad que rigieron en el ejercicio de 1954.

Ilmo. Sr.: En la imposibilidad de que queden aprobados antes de finalizar el presente mes de enero todos los presupuestos de las Mancomunidades Sanitarias y de los Institutos Provinciales de Sanidad para



CUNIPEST

VACUNA CONTRA LA PESTE PORCINA
PREPARADA CON VIRUS ATENUADO EN CONEJO

POTENTE INMUNIDAD

AUSENCIA DE PELIGRO

INMEDIATA PROTECCION

DE EMPLEO EXCLUSIVO POR SEÑORES VETERINARIOS



LABORATORIOS IVEN - INSTITUTO VETERINARIO NACIONAL S.A.

el ejercicio de 1955, sometidos a estudio para su aprobación, y al objeto de que no se interrumpa la marcha económica de estos Organismos,

Este Ministerio ha tenido a bien disponer que en tanto se aprueban los referidos presupuestos de las Mancomunidades Sanitarias y de los Institutos Provinciales de Sanidad, se prorroguen por dozavas partes los que rigieron en el pasado ejercicio de 1954.

Lo digo a V. I. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 24 de enero de 1955. — P. D., PEDRO F. VALLADARES.

Ilmo. Sr. Director general de Sanidad.

(B. O. del E., de 31 de enero de 1955).

ORDEN de 31 de enero de 1955 por la que se prohíbe el empleo de boterío usado en la preparación de conservas de sustancias alimenticias.

Ilmo. Sr.: Este Ministerio ha tenido a bien disponer lo siguiente:

ARTÍCULO ÚNICO. A partir del 1.º de marzo del corriente año, se prohíbe el empleo de envases usados en toda clase de sustancias alimenticias.

Lo que comunico a V. I. para su conocimiento y demás efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 31 de enero de 1955. — PÉREZ GONZÁLEZ.

Ilmo. Sr. Director general de Sanidad.

(B. O. del E., de 6 de febrero de 1955).



OCASION

EN VENTA: Instrumental vario y mobiliario clínico de Consultorio Veterinario, por cese.

Razón: Tel. 21 43 44

ORDEN de 1.º de febrero de 1955 por la que se rectifica el artículo segundo de la de 5 de octubre de 1954 sobre empleo de materias colorantes en sustancias alimenticias.

Ilmo. Sr.: Como rectificación al artículo segundo de la Orden de 5 de octubre de 1954 sobre empleo de materias colorantes en las sustancias alimenticias, y como ampliación del mismo,

Este Ministerio ha tenido a bien disponer:

Todos los fabricantes de materias colorantes e importadores de las mismas, están obligados a enviar a la Dirección General de Sanidad, Jefatura de los Servicios de Higiene de la Alimentación, solicitud de registro y autorización de elaboración y venta de todas las materias colorantes que fabriquen o importen con destino a usos alimenticios, acompañando, asimismo, una Memoria donde conste su inocuidad, con las referencias científicas y experiencias fisiológicas concluyentes. En caso necesario se realizarán, a costa de los interesados, las experiencias que la Dirección General de Sanidad considere convenientes para demostrar la inocuidad del colorante.



JERINGA

de metal totalmente desmontable y cristal cambiabile.
Ajuste alta precisión sin juntas de ninguna clase.

Se fabrican en tamaños de 5 y 10 c.c. en varilla graduada y corriente (sin graduar).

AGUJAS

Veterinaria Record Grande y cono interior, enchufe pequeño o grande.

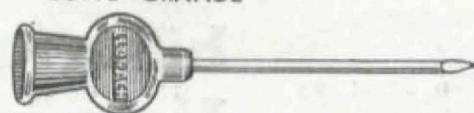
Acero inoxidable alta calidad y resistencia.

De venta en los principales Bazares de instrumental quirúrgico



ENCHUFE INTERIOR

CONO GRANDE



Quedan autorizados, previo cumplimiento de lo preceptuado en esta Orden, los colorantes vegetales naturales o sus concentrados a base de carotinoides, clorofilas, cochinillas naturales, lactoflavina, cúrcuma, antocianos y caramelo obtenido a partir de azúcares alimenticios.

Los fabricantes de productos alimenticios y bebidas de cualquier clase no podrán emplear en los productos por ellos fabricados más materias colorantes que aquellas citadas en la Orden de 5 de octubre de 1954, y las que periódicamente se vayan autorizando por la Dirección General de Sanidad.

Lo que comunico a V. I. para su conocimiento y efectos.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 1 de febrero de 1955. — PÉREZ GONZÁLEZ.

Ilmo. Sr. Director general de Sanidad.

(B. O. del E., de 6 de febrero de 1955).

VIDA COLEGIAL

ASAMBLEA ORDINARIA DE COLEGIADOS

CONVOCATORIA

Se convoca a los señores colegiados a la primera Asamblea ordinaria que tendrá lugar, en el local social, el jueves día 24 de marzo próximo, a las cuatro de la tarde, bajo el siguiente orden del día:

- 1.º — Lectura y aprobación del acta anterior.
- 2.º — Lectura de la Memoria de Secretaría, correspondiente al año 1954.
- 3.º — Aprobación de la liquidación de los Presupuestos del año precedente.
- 4.º — Designación de seis miembros para formar parte del Tribunal de Honor.
- 5.º — Reglamentación de Delegados de Distrito.
- 6.º — Ruegos y preguntas.

Altas. — Don Juan Parés Pujals, de Prat del Llobregat (incorporado).

Necrológica. — El día 22 de enero del corriente año, falleció en el "Mas Feu", de Balañá, a los 63 años de edad, don Joaquín Baucells Coll, hermano de nuestro compañero de Tona, don Ildefonso Baucells.

A su esposa, hijos y demás familiares, y de una manera especial a nuestro compañero, les hacemos presente nuestro pésame, por su justo dolor.

SECCIÓN INFORMATIVA

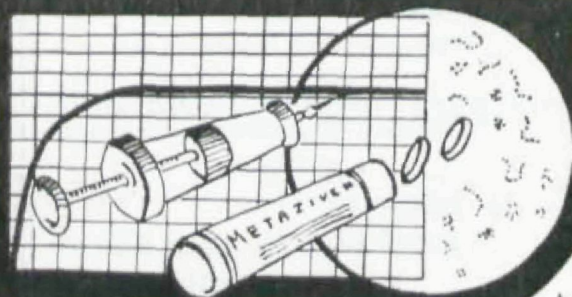
Cursillo sobre Cirugía abdominal bovina bajo la dirección del Dr. Jules R. Tournut Profesor de la Escuela de Veterinaria de Toulouse

Continuando el plan de perfeccionamiento que la Junta de Gobierno viene llevando a cabo, se convoca entre los compañeros inscritos en el Colegio Oficial de Veterinarios de la provincia de Barcelona, un cursillo sobre *Cirugía abdominal bovina* que con carácter eminentemente práctico se celebrará en Barcelona durante los días 13, 14 y 15 de abril próximo, bajo la dirección del doctor veterinario don J. R. Tournut, de la Cátedra de Patología de la reproducción, de la Escuela Nacional Veterinaria, de Toulouse (Francia).

Para tomar parte en el cursillo se solicitará del señor Presidente del Colegio antes del día 25 de marzo, justificando los méritos que se consideren oportunos. Los compañeros seleccionados abonarán 100 pesetas por derechos de inscripción y asistencia, admitiéndose un máximo de 20 alumnos.

Oportunamente se comunicará a los interesados la hora y local donde se celebrará la inauguración del cursillo.

Al final del mismo se expedirá un Diploma de asistencia a todos los compañeros inscritos, siendo obligatorio para ello haber asistido a todas las clases sin excepción.



METAZIVEN

INYECTABLE O COMPRIMIDOS
a base de sulfametazina

EFICACISIMO CONTRA GRAN NUMERO DE
ENFERMEDADES DEL GANADO

UNA SOLA ADMINISTRACION MANTIENE EL
NIVEL SUFICIENTE EN SANGRE DURANTE 24 HORAS

LABORATORIOS IVEN

INSTITUTO VETERINARIO NACIONAL, S. A.

PUB. MED. GAKSI

MERCUROCROMO TURA

(solución)

Cicatrizante y antiséptico.
Úlceras corneales.

POLVO ASTRINGENTE TURA

Enfermedades de casco y puzña. Úlceras. Arestines.

SULFATURA "A"

(polvo)

Expectorante béquico y anti-séptico para el ganado.

SULFATURA "B"

(polvo)

Fórmula especial para perros y gatos.

TURABAT

(gotas)

Enfermedades de la piel.

TURADIN

(gotas)

Otitis.

TURACOLIN

(bombones)

Tenífugo específico del perro que no produce vómito.

Laboratorio TURA

Avda. República Argentina, 55 - Tel. 37 00 86 - BARCELONA



Literatura científica a disposición de los Sres. Veterinarios



Instituto Higiene Pecuaria **INHIPE, S. A.**

M-14. El mejor tratamiento biológico-antibiótico de las Mamitis de las vacas.

Antígeno Hematoxilina. La prueba del anillo en el diagnóstico del aborto contagioso de las vacas.

SENCILLO

ECONÓMICO

EFICAZ

Delegación en Barcelona: **CANUDA, 45-47, 1.º. Tel. 31 62 28. Desp. n.º 8**

Laboratorios

«OPOTHREMA»

Sueros y Vacunas para Veterinaria

Balmes, 450 (Torre) - Tel. 27 69 32

BARCELONA

A. V. E. A. de Cataluña

En la reunión científica de A. V. E. A. de Cataluña, celebrada el 27 de enero último, el doctor don Jesús Albiol Higuier, expuso el tema anunciado sobre la organización de la divulgación avícola a través de la radio, indicando el plan por él seguido en las sesiones radiadas a través de Radio Villanueva y Geltrú, en las que dió en doce lecciones un verdadero curso de iniciación en avicultura. Expuso el programa que siguió y la forma de enfocar estos problemas de cara a un público aficionado. Leyó como modelo la lección 9 de sus conferencias, que versó sobre *Peste aviar* y en la que demostró que se puede dar un tono ameno a una charla avícola de carácter eminentemente científico sin que éste baje de tono, y hacerlo de forma que a todos interese y puedan aprovechar. Su disertación fué seguida con mucho interés y fueron numerosos los compañeros que hicieron elogios de la labor realizada por el doctor Albiol Higuier y le pidieron orientaciones acerca de la organización de emisiones radiofónicas avícolas en sus respectivas localidades. Muy conveniente será que cunda este ejemplo, que redundará no sólo en una elevación del prestigio personal, sino en el de la profesión en estas lides que ahora reviven en nosotros.

A continuación, el doctor don Ramón Justel Parada disertó sobre el tema: *Tifosis aviar*, haciendo un estudio detallado de lesiones de tifosis en las que demostró su competencia por el detalle con que las describió y capacidad de interpretación. Pasó revisión completa a los demás aspectos de la enfermedad, siendo muy aplaudido y felicitado por los numerosos concurrentes.

Entre los temas varios y comentarios avícolas traídos por los asistentes había una lesión de tuberculosis, aportada por el doctor Torrent Molleví, que fué motivo de un acuerdo de aportar lesiones en períodos sucesivos, por parte de todos, con el fin de llegar a la creación de un museo de lesiones avícolas donde poder en todo momento estudiar y recordar lo ya visto, idea que tuvo muy buena acogida y a propósito se habló incluso de la reproducción fotográfica de las lesiones más típicas, mediante fotografía en colores, como sistema de tener en el propio domicilio de cada uno de un fichero manejable y útil.

Próxima reunión de A. V. E. A.

El día 31 de marzo, a las 4 de la tarde, tendrá lugar una reunión con arreglo al siguiente orden del día:

- I. — Actualidades avícolas, por el doctor don José Séculi Brillas.
- II. — Problemas avícolas sugeridos por los señores socios.

Homenaje al Profesor López-Neyra

Con motivo del 70 aniversario del Profesor López-Neyra, ilustre parasitólogo de la Universidad de Granada, por todos conocido y admirado, va a tener lugar en la Universidad citada un acto de homenaje en el cual se le hará entrega al insigne homenajeador de un volumen con trabajos parasitológicos de destacadas figuras nacionales y extranjeras. En dicho mismo homenaje, que tendrá lugar el próximo mes de marzo, se le entregará un álbum con las postales que le dedican sus amigos, alumnos y admiradores.

Por ello, la Junta Pro Homenaje a López Neyra nos hace el ruego de transmitir a los colegiados amigos, alumnos o admiradores del citado Profesor, entre los que se cuentan numerosos veterinarios, le envíen a la mayor urgencia estas postales con vistas de su localidad o de alguno de sus monumentos más típicos y algunas palabras de dedicación o agradecimiento, a fin de engrosar este álbum.

Nos es muy grato transmitir esta petición, rogando hagan este envío de postales a la mayor brevedad, toda vez que el acto tendrá lugar, como queda dicho el próximo mes de marzo.

Las postales deben dirigirse al Profesor López-Neyra. Universidad de Granada.

Seminario de Ciencias Veterinarias

Conferencia del Dr. D. Antonio Concellón Martínez

En el salón de actos del Colegio Oficial de Veterinarios de Barcelona, tuvo lugar la inauguración del Curso 1955 del Seminario de Ciencias Veterinarias.

Ocuparon la presidencia el doctor don José Sanz Royo, doctor don José Lucena Raurich, Decano del Cuerpo de Asistencia Médica Municipal, doctor don Ramón Escardó, Presidente del Instituto Médico-Farmacéutico y doctor don José Séculi Brillas, Presidente del Colegio Oficial de Veterinarios.

El doctor don José D. Esteban Fernández, Secretario del Seminario, leyó las actividades del Seminario durante el Curso 1954, entre las que destacó la celebración de un Symposium sobre esterilidad, con múltiple participación nacional y extranjera; así como la sesión de homenaje a la memoria del doctor don Ramón Turró.

Pronunció la conferencia inaugural el doctor don Antonio Concellón Martínez, que desarrolló el tema *Intoxicaciones alimenticias*. Hizo

mención a la parte más práctica y de mayor actualidad, con objeto de hacer su revisión y puesta al día. Se refirió después a los agentes que provocan las intoxicaciones alimenticias, del papel que desempeñan los animales en la contaminación de los alimentos y las medidas de profilaxis veterinaria necesarias y en práctica, para evitar o reducir al mínimo dichas contaminaciones.

Se refiere a la misión de los veterinarios en pro de la salud pública desde su puesto de Inspectores de los Mataderos, Mercados Centrales y Públicos de Abasto, retirando del consumo todos aquellos alimentos que puedan resultar peligrosos para el consumidor.

El disertante señaló el papel vital de la Veterinaria dentro del ámbito de la Sanidad Nacional, siendo calurosamente aplaudido y felicitado por su brillante elocución por la numerosa concurrencia.

El doctor don José Sanz Royo, tras felicitar al conferenciante, expuso el programa a desarrollar en el presente año y la preparación para el próximo, de un Congreso de inspección de alimentos.

Finalmente, el doctor don José Lucena Raurich, en nombre del excelentísimo señor Alcalde y del ilustrísimo señor Teniente de Alcalde Delegado de Higiene y Sanidad, declaró abierto el Curso 1955, después de unas cálidas palabras de elogio para el conferenciante.

Todos los disertantes fueron largamente aplaudidos. Los asistentes fueron obsequiados con una copa de vino español.

Ecós del Seminario

El día 27 de enero y por la emisora Radio Nacional de España en Barcelona, se le hizo una entrevista a nuestro compañero señor Concellón, destacando la labor desarrollada durante el curso 1954 por el Seminario de Ciencias Veterinarias, y unos breves antecedentes y extracto de la conferencia que sobre *Intoxicaciones alimenticias* desarrolló horas después en el local colegial.



Semana sobre inspección de alimentos

Sucesivamente ampliaremos información sobre lo que debe ser, con la colaboración de todos, una Semana grande para la veterinaria barcelonesa y española, en la que se resalte la preocupación de nuestra profesión sobre los problemas de la alimentación tanto en la parte sanitaria como en aquella de métodos de conservación por lo que a la sanidad de los mismos pueda afectar. Colaboraremos así a hacer no sólo veterinaria barcelonesa, sino veterinaria española y veterinaria en una palabra.

En principio las cuestiones a tratar en dicha Semana de Inspección de alimentos se agruparán en los siguientes apartados:

- A) Inspección de productos naturales.
- B) Inspección de productos conservados e industrializados.
- C) Industrias de la alimentación.
- D) Cuestiones generales sobre instalaciones, economía, organización, etc., relacionadas con la inspección de alimentos.

Estos cuatro apartados se subdividirán en diversas secciones en cada uno de ellos, que daremos a conocer. Aunque aparentemente falte aún tiempo para la celebración de esta Semana sobre Inspección de alimentos es de recomendar que vaya cada uno madurando y fraguando un plan de colaboración a la misma, y sugiriendo ideas que serán bien recibidas por este Seminario y que a todos pide colaboración en tan magno problema.

Una sola cápsula



VITAN

cura la

DISTOMATOSIS-HEPATICA

del ganado **lanar**,
vacuno y **cabrío**

Laboratorios I. E. T. - Avenida José Antonio, 750 - BARCELONA

Todos los señores colegiados, al establecer un tratamiento, deben tener en cuenta apoyar a Laboratorios que con su anuncio nos ayudan a publicar esta CIRCULAR mensual.

Estado demostrativo del movimiento de Caja del Seminario de Ciencias Veterinarias, durante el ejercicio de 1954

I N G R E S O S

Enero	1	Existencia en Caja fin ejercicio anterior, ptas.	1.045'55
"	1	Cobrados 91 recibos de 15 ptas. de 4 trimestre 1953	1.365'—
Marzo	31	Cobrados 92 recibos de 15 ptas. de 1 trimestre 1954	1.380'—
Junio	30	Cobrados 97 recibos de 15 ptas. de 2 trimestre 1954	1.455'—
Septiembre	30	Cobrados 96 recibos de 15 ptas. de 3 trimestre 1954	1.440'—
<i>Total ingresos, ptas.</i>			6.685'55

G A S T O S

Enero	12	Sellos correspondencia	65'—
"	22	Factura Casa Aleixandre (alquiler proyector).	200'—
Febrero	27	Gastos inauguración Curso académico	1.576'—
"	27	Gratificación cobrador, 4 trimestre 1953	91'—
"	28	Factura F. Farreras (impresos propaganda).	342'—
Marzo	27	Sellos correspondencia	95'—
"	27	Gratificación cobrador, 1 trimestre 1954	92'—
"	27	Suscripción Congreso Biología	100'—
Mayo	2	Gastos representación I Congreso biólogos	110'—
"	19	Sellos correspondencia	50'—
"	20	Gratificación personal inauguración Seminario	75'—
"	31	Factura F. Farreras (impresos propaganda).	113'—
Julio	7	Sellos correspondencia	39'—
"	21	Factura librería Minerva (material escritorio)	12'—
Agosto	31	Sellos correspondencia	40'—
Septiembre	16	Sellos correspondencia y móviles	286'—
"	21	Gastos clausura Symposium	325'—
"	22	Utensilios escritorio	60'50
"	22	Gratificación personal clausura Symposium.	85'—
"	22	Gastos locomoción	6'50
"	22	Sellos correspondencia por avión	10'—
<i>Suma y sigue</i>			3.773'—

		<i>Suma anterior, ptas.</i>	3.773'—
Septiembre	22	Gastos clausura Symposium (resto facturas).	1.306'—
"	30	Factura F. Farreras (impresos programas).	1.155'—
Noviembre	30	Sellos correspondencia y certificados	94'50
Diciembre	3	Sellos móviles recibos	30'—
<i>Total gastos, ptas.</i>			6.358'50

RESUMEN:

Importan los ingresos	6.685'55
Importan los gastos	6.358'50
Queda efectivo en Caja, ptas.	327'05

Barcelona, 31 de diciembre de 1954.

V.º B.º *El Presidente,*
J. SANZ ROYO.

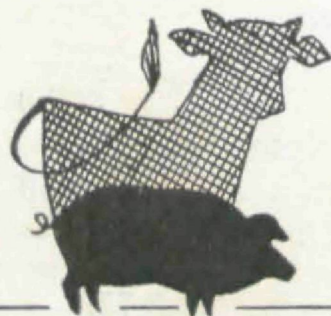
El Tesorero,
LUIS CAMACHO.

Próxima Sesión Científica



El Seminario de Ciencias Veterinarias, celebrará Sesión Científica el día 31 del próximo mes de marzo, a las 6 de la tarde. En dicha sesión el doctor don **Antonio Amo Visier**, someterá a discusión el tema:

FLORA TERMOFILO DE LA LECHE:
YOGOURT.



SUPLEX-IVEN

COMPUESTO VITAMINICO - ANTIBIOTICO - MINERAL
INDISPENSABLE PARA LOGRAR RAPIDO DESARROLLO.
ALTA PUESTA Y ANIMALES FUERTES Y VIGOROSOS

Laboratorios IVEN
INSTITUTO VETERINARIO NACIONAL, S. A.



PUB. MEd. GÁRSI

DOS PRODUCTOS de MAXIMA **UAB**
GARANTIA y EFICACIA
Universitat Autònoma de Barcelona

Vacalbin

de reconocida e insuperable eficacia en el tratamiento de las infecciones y enfermedades de los órganos reproductores: **RETENCION DE SECUNDINAS** y trastornos post-partum, **METRITIS, ENDOMETRITIS, VAGINITIS, ABORTO EPIZOOTICO, INFECUNDIDAD, FALTA DE CELO, DIARRREA INFECTO-CONTAGIOSA DE LAS RECIEN NACIDAS** y otras indicaciones similares

Glosobin-Akiba

medicamentos de elección en el tratamiento con boroformiatos de las lesiones de la **GLOSOPEDA** (fiebre aftosa) **ESTOMATITIS ULCEROSA** (Boquera) en las ovejas y cabras. **HERIDAS OPERATORIAS O ACCIDENTALES** y otras indicaciones similares.

Elaborados por Laboratorio Akiba, S. A.

POZUELO DE ALARCON (MADRID)

Teléfono 83

ial servicio de la Veterinaria y la Ganadería!

Para informes y pedidos dirigirse a nuestro Representante

D. ANTONIO SERRA GRACIA - Ancha, 25, 1.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfonos 21 23 87 y 25 34 96

PRODUCTOS NEOSAN, S. A.

ofrece sus **BACTERINAS UNISOL**

para la

ESPECIE PORCINA

Mayor concentración microbiana

Mayor eficacia inmunológica

SEPTICEMIA HEMORRAGICA DE LOS CERDOS

(pulmonía contagiosa)

3.000 millones de *Pasteurellas suis* por c.c.

INFECCIONES MIXTAS DE LOS CERDOS

4.000 millones de *Pasteurellas suis*, *Salmonellas suipestifer*
y *Escherichia coli* por c.c.

PARATIFOSIS Y COLIBACILOSIS DE LOS CERDOS

4.000 millones de *Salmonellas suipestifer*, *Salmonella enteri-*
tidis y *Escherichia coli* por c.c.

Las pjaras vacunadas con

UNISOL

son pjaras sanas
porque están efectivamente protegidas

PRODUCTOS NEOSAN, S. A.

Ballén, 18 - Apartado 1227 - Tel. 25 72 56

BARCELONA